



VIDA Y "NAUFRAGIOS"
DE
CABEZA DE VACA

EDITORIAL
Atlántida
BIBLIOTECA
Billiken

VIDA Y NAUFRAGIOS DE
CABEZA DE VACA

ESTE LIBRO

ENTRE todas las epopeyas y proezas de los conquistadores del continente americano, con ser tan asombrosas no hay ninguna que iguale en cuanto esfuerzo y sacrificio personal, a las exploraciones y trabajos de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Su marcha durante nueve años por tierras de América del Norte, de las cuales puede decirse que es el descubridor, constituye una historia tan maravillosa y extraordinaria, que supera la imaginación de los novelistas y cualquier cálculo establecido sobre la resistencia física y moral de los hombres.

Insertamos en este libro, además de una línea general de la vida de Cabeza de Vaca, trazada con exactitud, una gran parte de las propias memorias del héroe, contenidas en su obra "Naufragios y relación de la jornada que hizo a la Florida".

Difícilmente puede hallarse un documento donde la sinceridad y la vigorosa sencillez para narrar hazañas formidables, no produzcan tanto interés, tanta emoción y tanta admiración.

Todas las virtudes que adornan a Cabeza de Vaca —el menos ambicioso de los colonizadores— al lado de su temple incomparable, hacen de su biografía un limpio ejemplo, como el que legan los mejores hombres a una raza.

27 1.08

BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCION VERDE

VIDA Y "NAUFRAGIOS"
DE
CABEZA DE VACA

*Antología, Comentario
y Notas Biográficas*

POR

Clemente Cimorra

ILUSTRACIONES DE
LISA

EDITORIAL ATLANTIDA, S. A.
BUENOS AIRES

121X166

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

DERECHOS RESERVADOS.
HECHO EL DEPÓSITO
QUE EXIGE LA LEY.

Acabado de imprimir este libro el 18 de noviembre de 1940

Imprenta López — Perú 666 — Buenos Aires

UN AMBIENTE PROPICIO Y UN ÁNIMO ESFORZADO

ERA España entonces como un centro vivo de la época, donde hervía el entusiasmo por las grandes empresas y el afán de aventura. En la parda tierra de Castilla, sobria y llana, tendida vastamente a la tenacidad del sol, y en todas las regiones españolas, habíase levantado una sed de caminos heroicos, de rutas maravillosas por los mares, de descubrimientos, de conquistas y de ambiciones. Ambiciones con sueños de Eldorados y riquezas remotas: pero también con la entereza necesaria para tener presentes el sacrificio, los trabajos terribles, el polvo y las corazas.

El rey don Fernando V "El Católico" estaba en el auge de su poderío. Había sujetado con ánimo recio a la nobleza levantisca y sometido sus ínfulas desmesuradas, que eran un serio pe-

ligro para la unidad y la fortaleza de la nación. Se había llevado a cabo la expedición al norte de Africa, en que las naves de los puertos andaluces iban en busca del choque y del abordaje con las de los piratas berberiscos, gentes aguerridas e implacables y de la más feroz y más dura condición. Habíase llegado a uno de los momentos grandes de la historia de España.

Quedaban limpios los mares de la plaga indómita de la piratería. Hallábase Cisneros, el cardenal de la voluntad de bronce, a la cabeza de la expedición contra Orán. Ardían en todo su fragor los combates que hicieron tributarios a los reyes opulentos de Túnez y Argel, y que constituyeron un rosario de victorias hasta la derrota de Gelbes que detuvo la gran aventura. Se acababa de descubrir un confuso continente, la América riquísima, ante la admiración maravillada de Europa. Habíase duplicado el mundo para la humanidad. Ya había coronado el éxito espléndidas expediciones. Estaban frescos los laureles de la conquista del reino napolitano.

Fernando dominaba personalmente la trama intricadísima de los acontecimientos y personalmente acudía a los lugares de influencia española en Europa, hasta el punto de que alguien le achacase a veces desconfianza en la gestión de sus hombres más leales.

Europa era, como en tantas épocas lo fué des-

pués, un laberinto de ambiciones y de intrigas; y en aquel laberinto el rey católico era uno de los soberanos más influyentes.

Timoneada por Fernando V, España tenía el papel más importante en la liga de Cambray contra la república de Venecia. Forma luego la "Liga santísima" contra Francia, mueve a su antojo las naciones. El rey busca y encuentra el apoyo de Enrique VIII de Inglaterra, que está casado con una hija suya; se apodera de Nápoles, coaliga unos poderes contra otros, asegura la supremacía de su país en la diplomacia de todo el continente.

Hay un clima creado en la época y en el país que orienta hacia la ambición y el heroísmo a todas las imaginaciones dinámicas, a todas las inteligencias vivas, a todos los espíritus fuertes, a todos los hombres que acaso rodeados de otro ambiente hubieran preferido a la gran aventura el sedentarismo y la comodidad.

Los barcos regresaban con sus grandes velas hinchadas como de un viento de triunfo, y saltaban a tierra los hombres que narraban las maravillas, entre el colorear de plumas y animales exóticos, de las hazañas y de los trabajos. También regresaban los hombres malheridos, inútiles y enfermos que la fiebre de exploración en América había destruído; pero en ellos nadie paraba

mientes; porque quedaban oscurecidos con el brillo de los triunfadores.

Cuando tal ambiente existía en España, un hombre joven, hijo de familia acomodada, y descendiente de linaje de no escasa nobleza por las armas, habitaba en Jerez de la Frontera, ciudad entonces del reino de Sevilla, atento a cuantas hazañas emprendían los navegantes españoles y forjando su ánimo en la ilusión de participar cuando hubiera coyuntura en aquel general denuesto. Se llamaba Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y sus padres Francisco de Vera y Teresa Cabeza de Vaca. Fué su abuelo don Pedro de Vera, conquistador de las islas Canarias.

Físicamente Alvar Núñez fué de estatura aventajada, fuerte de hombros y muy robusto de miembros. Su barba era cerrada y abundante, su rostro era de rasgos que evidenciaban energía y poderosa voluntad.

Nació según unos historiadores en 1490, y según otros en 1507. Toda su juventud, hasta que se embarcó por primera vez en el viaje que luego iba a ser proeza memorable, es llana y ordinaria, sin ningún relieve digno de memoria, salvo algunas anécdotas en que se pone de manifiesto el vigor físico y los arrestos del joven jerezano. Una vez derribó dos toros desmandados a la entrada de la ciudad. En otra ocasión para dar caza a unos ladrones que habían despojado a una dama y que

iban en buenos caballos, habiendo perdido el suyo, les persiguió a pie durante catorce días por los vericuetos de la sierra, hasta apresarlos sólo con su esfuerzo.

Se sabe que además era estudioso. Leía a los clásicos de la literatura española y procuraba estar versado en los conocimientos de su época. Todo ello era la formación necesaria para el esfuerzo incomparable que iba a exigir a su naturaleza y a su ánimo, más allá del límite en que cualquier hombre suele ceder al desfallecimiento. Jornadas y caminos de meses y de años sin saber cuándo va a llegar el fin de la ruta o cuándo va a llegar la muerte. Enfermedades que postran bajo su castigo del sol o del frío implacable. Hambres continuas hasta donde apenas se puede concebir. Alimentación inverosímil para sostener las armazones de unos cuerpos desnutridos, con la piel mudada y encallecida, que milagrosamente pueden sostenerse. Luchas con los salvajes que horadan las carnes con las flechas. Lucha con las olas furiosas del mar y las corrientes embravecidas de los ríos que zaran-dean airadamente una y cien veces los cuerpos y las embarcaciones. Azote de todos los trabajos que va abatiendo a los hombres por centenas, por docenas, uno a uno, hasta quedar sólo el héroe y un puñado de compañeros que se pierden por otros caminos. Compañeros que tienen que pasar por el

dolor de comerse los cadáveres de los mejores amigos . . .

Y cada vez, después de cada sufrimiento inaudito, un soplo sobrehumano de voluntad para incorporar los huesos rotos y seguir hacia adelante, hacia donde señala la brújula del tesón.

La aventura expedicionaria que se ofrecía con aquel viaje dispuesto por la dirección de Indias, fué aprovechada por los deseos de Cabeza de Vaca. Tratábase de explorar gran parte de las tierras del Norte en el continente americano para establecer allí unas provincias según el sistema general de colonización, tierra adentro pasando el cabo de la Florida. Todos los indicios hacían creer en la existencia de vastos territorios muy ricos de campos y metales en aquellas regiones, inexploradas todavía y mucho menos gobernadas por la colonización española. Pleno de entusiasmo embarcóse Alvar Núñez en la expedición.

LA NARRACIÓN DE "LOS NAUFRAGIOS"

CON sobriedad magnífica de prosa castellana, con un estilo firme que podemos comparar al surco seguro e infatigable de la reja de un arado; un estilo cuya fortaleza le hace ingenuo, sin más ornamento en la austeridad de comentario y de frase que la palabra justa, grabada a hierro de la verdad y sin concesiones a la imaginación, el gran jerezano cuenta sus andanzas apasionantes en un libro que se titula "Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca" que apareció por primera vez en Zamora en el año 1542, y reimprimióse en Valladolid, entre otros relatos de la colección Barcia, en 1749. Libro que después fué traducido al italiano en la colección Ramusio, y al francés y al inglés.

Ningún hombre, o muy pocos en la historia, han narrado sufrimientos, arrosos esforzados, penalidades, pruebas físicas y morales como las de

estos "Naufragios", con la sencillez emocionante con que Alvar Núñez narra sus trabajos portentosos. Discurren tan a tono, tan parejos el lenguaje y la proeza, que sería incompleta toda relación del gran hecho de Cabeza de Vaca sin incluir cuando menos una buena parte, literalmente, del texto de los "Naufragios" que haga aparecer el personaje y la hazaña con todo su sabor y fisonomía.

El propio Alvar Núñez relata así, desde su primer capítulo:

“E N QUE SE CUENTA CUÁNDO
PARTIÓ LA ARMADA, Y LOS OFICIALES
Y GENTE QUE EN ELLA IBAN:

A 17 días del mes de junio de 1527 partió del puerto de Sanlúcar de Barrameda el gobernador Pánfilo de Narváez, con poder y mandato de Vuestra Majestad para conquistar y gobernar las provincias que están desde el río de las Palmas hasta el cabo de la Florida, las cuales son en Tierra Firme. La armada que llevaba eran cinco navíos, en los cuales, poco más o menos, irían seiscientos hombres. Los oficiales que llevaba (porque de ellos se ha de hacer mención) eran estos que aquí se nombran: Cabeza de Vaca, por tesorero y por alguacil mayor; Alonso En-

rriquez, contador; Alonso de Solís, por factor de Vuestra Majestad y por veedor; iba un fraile de la Orden de San Francisco por comisario, que se llamaba Fray Juan Suárez, con otros cuatro frailes de la misma Orden.

Llegamos a la isla de Santo Domingo, donde estuvimos casi cuarenta y cinco días, proveyéndonos de algunas cosas necesarias, señaladamente de caballos. Aquí nos faltaron de nuestra armada más de ciento y cuarenta hombres que se quisieron quedar allí, por los partidos y promesas que los de la tierra les hicieron.

De allí partimos y llegamos a Santiago (que es puerto en la isla de Cuba), donde en algunos días que estuvimos el gobernador se rehizo de gente, de armas y de caballos. Suscidió allí que un gentilhomme que se llamaba Vasco Porcallo, vecino de la villa de la Trinidad, que es en la misma isla, ofreció de dar al gobernador ciertos bastimentos que tenía en la Trinidad, que es cien leguas de dicho puerto de Santiago. El gobernador, con toda la armada, partió para allá; mas

llegado a un puerto que se dice Cabo de Santa Cruz, que es mitad del camino, parescióle que era bien esperar allí y enviar un navío, y que yo, para más seguridad, fuese con él, y él quedó con cuatro navíos, porque en la isla de Santo Domingo había comprado un otro navío.

Llegado con estos dos navíos al puerto de la Trinidad, el capitán Pantoja fué con Vasco Porcalle a la villa, que es una legua de allí, para recibir los bastimentos. Yo quedé en la mar con los pilotos, los cuales nos dijeron que con la mayor presteza que pudiésemos nos despachásemos de allí, porque aquel era muy mal puerto y se solían perder muchos navíos en él; y porque lo que allí nos sucedió fué cosa muy señalada, me pareció que no sería fuera del propósito y fin con que yo quise escrebir este camino, contarla aquí.

Otro día de mañana comenzó el tiempo a dar no buena señal, porque comenzó a llover, y el mar iba creciendo tanto, que aunque yo di licencia a la gente que saliese a tierra, como ellos vie-

ron el tiempo que hacía y que la villa estaba de allí una legua, por no estar al agua y frío que hacía, muchos se volvieron al navío. En esto vino una canoa de la villa, en que me traían una carta de un vecino rogándome que me fuese allá y que me darían los bastimentos que hobiese y necesarios fuesen, de lo cual yo me excusé diciendo que no podía dejar los navíos.

A medio día volvió la canoa con otra carta, en que con mucha importunidad pedían lo mismo, y traían un caballo en que fuese. Yo dí la misma respuesta que primero había dado, diciendo que no dejaría los navíos; mas los pilotos y la gente me rogaron mucho que fuese, porque diese priesa que los bastimentos se trujesen lo más presto que pudiese ser, porque nos partiésemos luego de allí, donde ellos estaban con gran temor que los navíos se habían de perder si allí estuviesen mucho. Por esta razón yo determiné de ir a la villa, aunque primero que fuese dejé proveído y mandado a los pilotos que si el sur, con que allí suelen perderse muchas veces los navíos,

ventase y se viesen en mucho peligro, diesen con los navíos al través y en parte que se salvase la gente y los caballos, y con esto, yo salí, aunque quise sacar algunos conmigo, por ir en mi compañía, los cuales no quisieron salir, diciendo que hacía mucha agua y frío y la villa estaba muy lejos; que otro día, que era domingo, saldrían, con la ayuda de Dios, a oír misa.

A una hora después de yo salido la mar comenzó a venir muy brava, y el norte fué tan recio que ni los bateles osaron salir a tierra, ni pudieron dar en ninguna manera con los navíos al través por ser el viento por la proa; de suerte que con muy gran trabajo, con dos tiempos contrarios y mucha agua que hacía, estuvieron aquel día y el domingo hasta la noche. A esta hora el agua y la tempestad comenzó a crescer tanto, que no menos tormenta había en el pueblo que en la mar, porque todas las casas e iglesias se cayeron y era necesario que anduviésemos siete u ocho hombres abrazados unos con otros para podernos amparar que el viento no nos llevase.

Andando entre los árboles, no menos temor teníamos de ellos que de las casas, porque, como ellos también caían, no nos matasen debajo. En esta tempestad y peligro anduvimos toda la noche, sin hallar parte ni lugar donde media hora pudiésemos estar seguros.

Andando en esto oímos toda la noche, especialmente desde el medio de ella, mucho estruendo y gran ruido de voces, y gran sonido de cascabeles y de flautas y tamborinos y otros instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la tormenta cesó. En estas partes nunca otra cosa tan medrosa se vió. Yo hice una probanza de ello, cuyo testimonio envié a Vuestra Majestad.

El lunes por la mañana bajamos al puerto y no hallamos los navíos; vimos las boyas de ellos en el agua, adonde conoscimos ser perdidos, y anduvimos por la costa por ver si hallaríamos alguna cosa de ellos; y como ninguno hallásemos, metímonos por los montes, y, andando por ellos, un cuarto de legua de agua hallamos la barquilla

de un navío puesta sobre unos árboles, y diez leguas de allí, por la costa, se hallaron dos personas de mi navío y ciertas tapas de cajas, y las personas tan desfiguradas de los golpes de las peñas, que no se podían conocer. Halláronse también una capa y una colcha hecha pedazos y ninguna otra cosa pareció”.

Comienza el prólogo del viaje tenaz con trabajos duros y lucha contra los elementos. La figura de Cabeza de Vaca se perfila desde un principio como figura de mando, de serenidad y buen sentido. Se le confían los cuidados importantes y su autoridad moral no tarda en ser una auténtica influencia. Luego de la pérdida de los navíos de que habla aquí mismo el autor de los “Naufragios” llegó el gobernador Narváez con los otros cuatro, que también se habían visto en fuerte tormenta, y con los cuales decidió seguir la expedición, aunque después de invernar en aquellos lugares en espera así de los tiempos algo más bonancibles. Alvar Núñez tuvo a su cargo navíos y gente detenidos durante todo el invierno en un puerto a unas doce leguas de la Trinidad.

Rehecha la expedición, reunidos los barcos existentes con otros dos que el gobernador ha comprado, con cuatrocientos hombres y ochenta caballos,

la tropa audaz con sus jefes tenaces se disponen a alcanzar la tierra de la Florida. Nuevos temporales y trances de peligro máximo y tumbos por los bajíos y las bahías que el mar embravecido tan pronto llena de agua torrencialmente como deja con los fondos casi desecados y a flor. Frente a La Habana, una tormenta les pone a la vista de ella y otra les aleja con su manotazo gigantesco.

Desembarcados en tierra de la Florida, el gobernador de la expedición levanta pendones y rinde ceremonia en señal de posesionarse del terreno para la corona de España, y después de este acto simbólico y algunas andanzas más, surge aquella diferencia de criterio entre Pánfilo de Narváez y Alvar Núñez, en que se pone de relieve la cordura, la hombría y el sentido del honor que realzan a este último. El gobernador, a quien sin duda acusa el deseo apresurado de descubrimiento y conquista próxima de territorios bajo su empresa, es de parecer de abandonar los navíos en cualquier cala o abrigo precario y adentrarse por tierra adelante sin más esperas ni expedientes. Cabeza de Vaca opina que es preciso buscar un puerto seguro de verdadera garantía para las naves, antes de pensar en otra cosa. Entonces Narváez, como una concesión al temor del compañero, creyendo que por respeto a la aventura toma partido por los que no quieren adentrarse, le ofrece quedarse él al

cuidado de los barcos. He aquí la respuesta del jerezano:

—No deseo encargarme de ello porque tengo por cierto que los hombres que se van por tierra con el gobernador no han de ver más los navíos, ni los navíos a esos hombres, en cuenta a que sin tan aparejo se entran por la tierra adentro. Y quiero más aventurarme al peligro que otro alguno, y pasar por lo que los demás pasen, y no encargarme de los navíos y dar ocasión a que se diga que, como he contradicho la entrada, me quedo por temor, y mi honra pueda andar en disputa. Que quiero más aventurar la vida que poner mi honra en esta condición.

La idea obsesionante de la honra atiza y ennoblece el valor físico y deja a un lado la prudencia — pero la prudencia en su mejor sentido queda mostrada — del hombre de temple excepcional que es Alvar Núñez. Que sigue el relato sin acordarse ya nunca, una vez echada la suerte, de que tal suerte hubiera podido ser de otra manera:

“CÓMO DEJÓ LOS NAVÍOS EL GOBERNADOR:

Sábado I de mayo, mandó dar a cada uno de los que habían de ir con él dos libras de bizcocho y media libra de tocino, y así nos partimos para entrar en la tierra. La suma de toda la gente que llevábamos era trescientos hombres; en ellos iba el comisario Fray Juan Suárez y otro fraile que se decía Fray Juan de Palos, y tres clérigos y los oficiales. La gente de caballo que con éstos íbamos, éramos cuarenta; y así anduvimos con aquel bastimento que llevábamos quince días, sin hallar otra cosa que comer, salvo palmitos de la manera de los de Andalucía.

En todo este tiempo no hallamos indio nin-

guno, ni vimos casa ni poblado, y, al cabo, llegamos a un río, que lo pasamos con muy gran trabajo a nado y en balsas; detuvimos un día en pasarlo, que traía muy gran corriente.

Pasados a la otra parte, salieron a nosotros hasta doscientos indios, poco más o menos; el gobernador salió a ellos, y después de haberles hablado por señas, ellos nos señalaron de suerte que nos hobimos de revolver con ellos, y prendimos cinco o seis, y éstos nos llevaron a sus casas, que estaban hasta media legua de allí, en las cuales hallamos gran cantidad de maíz que estaba ya para cogerse. Dimos infinitas gracias a Nuestro Señor por habernos socorrido en tan gran necesidad, porque, ciertamente, como éramos nuevos en los trabajos, allende del cansancio que traíamos, veníamos muy fatigados de hambre, y al tercero día que allí llegamos, nos juntamos el contador y veedor y comisario y yo, y rogamos al gobernador que enviase a buscar la mar, por ver si hallaríamos puerto, porque los indios decían que la mar no estaba muy lejos de allí.

Él nos respondió que no curásemos de hablar en aquello, porque estaba muy lejos de allí; y como yo era el que más le importunaba, díjome que me fuese yo a descubrirla y que buscase puerto, y que había de ir a pie con cuarenta hombres, y, así, otro día yo me partí con el capitán Alonso del Castillo y con cuarenta hombres de su compañía. Anduvimos hasta hora de medio día, que llegamos a unos placeles de la mar que parecía que entraban mucho por la tierra; anduvimos por ellos hasta legua y media con el agua hasta la mitad de la pierna, pisando por encima de ostiones, de los cuales rescibimos muchas cuchilladas en los pies y nos fueron causa de mucho trabajo, hasta que llegamos al río que primero habíamos atravesado, que entraba por aquel mismo ancón (*), y como no lo podíamos pasar, por el mal aparejo que para ello teníamos, volvimos al real, y contamos al gobernador lo que habíamos hallado, y cómo era menester otra vez pasar por el río por el mismo lugar que pri-

(*) Pequeña ensenada en que se puede fondear.

mero lo habíamos pasado, para que aquel ancón se descubriese bien y viésemos si por allí había puerto. Y otro día mandó a un capitán que se llamaba Valenzuela que con sesenta hombres y seis de a caballo pasase el río y fuese por él abajo hasta llegar a la mar, y buscar si había puerto; el cual, después de dos días que allá estuvo, volvió y dijo que él había descubierto el ancón, y que todo era bahía baja hasta la rodilla, y que no se hallaba puerto; y que había visto cinco o seis canoas de indios que pasaban de una parte a otra, y que llevaban puestos muchos penachos.

Sabido esto, otro día partimos de allí, yendo siempre en demanda de aquella provincia que los indios nos habían dicho Apalache, llevando por guía los que de ellos habíamos tomado, y así anduvimos hasta 17 de junio, que no hallamos indios que nos osasen esperar. Allí salió a nosotros un señor que le traía un indio a cuestas, cubierto de un cuero de venado pintado; traía consigo mucha gente, y delante de él venían tañendo unas flautas de caña, y, así llegó do estaba

el gobernador, y estuvo una hora con él, y por señas le dimos a entender que íbamos a Apalache, y por las que él hizo nos pareció que era enemigo de los de Apalache y que nos iría a ayudar contra él. Nosotros le dimos cuentas y cascabeles y otros rescates, y él dió al gobernador el cuero que traía cubierto, y así, se volvió, y nosotros le fuimos siguiendo por la vía que él iba.

Aquella noche llegamos a un río, el cual era muy hondo y muy ancho, y la corriente muy recia, y por no atrevernos a pasar con balsas hicimos una canoa para ello, y estuvimos en pasarlo un día; y si los indios nos quisieran ofender, bien nos pudieran estorbar el paso, y aun con ayudarnos ellos tuvimos mucho trabajo. Uno de caballo, que se decía Juan Velázquez, natural de Cuéllar, por no esperar entró en el río, y la corriente, como era recia, lo derribó del caballo, y se asió a las riendas, y ahogó a sí y al caballo; y aquellos indios de aquel señor, que se llamaba Dulchanchellín, hallaron el caballo, y nos dijeron dónde hallaríamos a él por el río abajo, y así



...los cuales nos llevaron por tierra muy trabajosa de andar y maravillosa de ver...

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

fueron por él, y su muerte nos dió mucha pena, porque hasta entonces ninguno nos había faltado. El caballo dió de cenar a muchos aquella noche.

Pasados de allí, otro día llegamos al pueblo de aquel señor, y allí nos envió maíz. Aquella noche donde iban a tomar agua nos flecharon un cristiano, y quiso Dios que no lo hirieron.

Otro día nos partimos de allí sin que indio ninguno de los naturales pareciese, porque todos habían huído; mas yendo nuestro camino, parecieron indios, los cuales venían de guerra, y aunque nosotros los llamamos, no quisieron volver ni esperar; mas antes se retiraron, siguiéndonos por el mismo camino que llevábamos.

El gobernador dejó una celada de algunos de caballo en el camino, que como pasaron los indios, salieron a ellos y tomaron tres o cuatro, y éstos llevamos por guía de allí adelante, los cuales nos llevaron por tierra muy trabajosa de andar y maravillosa de ver, porque en ella hay muy grandes montes y los árboles a maravilla altos.

Son tantos los que están caídos en el suelo, que nos embarazaban el camino, de suerte que no podíamos pasar sin rodear mucho y con muy grandes trabajos; de los que no estaban caídos, muchos estaban hendidos de arriba hasta abajo, de rayos que en aquella tierra caen, donde siempre hay muy grandes tormentas y tempestades.

Con este trabajo caminamos hasta un día después de San Juan, que llegamos a vista de Apalache sin que los indios de aquella tierra nos sintiesen. Dimos muchas gracias a Dios por vernos tan cerca de Él, creyendo que era verdad lo que de aquella tierra nos habían dicho, que allí se acabarían los grandes trabajos que habíamos pasado, así por el malo y largo camino para andar, como por la mucha hambre que habíamos padecido; porque aunque algunas veces hallábamos maíz, las más andávamos siete y ocho leguas sin toparlo. Muchos había entre nosotros que, allende el mucho cansancio y hambre, llevaban hechas llagas en las espaldas de llevar las armas acuestas, sin otras cosas que se ofrecían.

Mas con vernos llegados donde deseábamos y donde tanto mantenimiento y oro nos habían dicho que había, parecionos que se nos había quitado gran parte del trabajo y cansancio.

“CÓMO LLEGAMOS A APALACHE:

Llegados que fuimos a vista de Apalache, el gobernador mandó que yo tomase nueve de caballo y cincuenta peones y entrase en el pueblo, y así lo acometimos el veedor y yo, y entrados, no hallamos sino mujeres y muchachos, que los hombres a la sazón no estaban en el pueblo; mas de ahí a poco, andando nosotros por él, acudieron y comenzaron a pelear, flechándonos, y mataron el caballo del veedor, mas al fin huyeron y nos dejaron.

Allí hallamos mucha cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y mucho seco que tenían encerrado. Hallámosles muchos cueros de venados, y entre ellos algunas mantas de hilo pe-

queñas y no buenas, con que las mujeres cubren algo de sus personas. Tenían muchos vasos para moler maíz.

En el pueblo había cuarenta casas pequeñas y edificadas, bajas y en lugares abrigados, por temor de las grandes tempestades que continuamente en aquella tierra suele haber. El edificio es de paja, y están cercados de muy espeso monte y grandes arboledas y muchos piélagos de agua, donde hay tantos y tan grandes árboles caídos, que embarazan y son causa que no se puede por allí andar sin mucho trabajo y peligro.

La tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana; el suelo, de arena y tierra firme; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles y otros que se llaman liquidámbares, cedros, sabinas, y encinas, y pinos, y robles, palmitos bajos, de la manera de los de Castilla. Por toda ella hay muchas lagunas, grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura,

parte por tantos árboles como por ellas están caídos. El suelo de ellas es arena, y las que en la comarca de Apalache hallamos son muy mayores que las de hasta allí.

Hay en esta provincia muchos maizales, y las casas están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves. Los animales que en ellas vimos son: venados de tres maneras, conejos y liebres, osos y leones y otras salvajinas, entre los cuales vimos un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene, y de todo el tiempo que son pequeños los trae allí, hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa.

Por allí la tierra es muy fría; tiene muy buenos pastos para ganados; hay aves de muchas maneras, ánsares en gran cantidad, patos ánades, patos reales, dorales y garzotas y garzas, perdices; vimos muchos halcones, neblís, gavilanes, esme-rejones y otras muchas aves”.

Siguen los trabajos en esta tierra de Apalache, unidos a la desilusión general al ver que el territorio que se daba casi como un nuevo Eldorado sólo era un mazo de chozas de indígenas, tan dismantelado y tan miserable como no podía ser más.

A los bosques grandiosos y opulentos que el explorador ha descrito con toda la fauna brillante y salvaje, sigue un suelo más árido; sin que lo cerrado y espeso de los bosques sea ningún alivio decisivo para atender a las necesidades de los expedicionarios. Aquí los indios arrecian en sus acometidas y en los ataques en verdadero orden de batalla. El lugar más cercano con algún nombre entre los indígenas es el que llaman Aute, y allí se dirige la tropa maltratadísima ya de Pánfilo Narváez el cual ha enfermado y se resiente de las crudas fatigas. Sólo el momento de avanzar otra vez, de ponerse en camino hacia el imán y el misterio de lo por descubrir, reanima milagrosamente el alma de estos hombres.

Llega un momento en que, después de alcanzar Aute y salir de él por hallarlo más mísero que lo anterior, enferma y a las puertas de la muerte la mayor parte de la tropa, se decide abandonar por el momento esta tierra donde no hay recursos de ninguna clase y donde van a quedarse los huesos de los pocos hombres que restan en pie, abatidos por el hambre y la fiebre. Para ello se intenta una nueva hazaña peregrina y titánica en el esfuerzo:

construir navíos. Aunque no hubiera quién los construyese ni con qué.

Veremos cómo se llevó a cabo la hazaña de tenacidad, como lo cuenta Cabeza de Vaca:

“A todos parecía imposible, porque nosotros no sabíamos hacer las naves, ni había herramientas, ni hierro ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias, ni cosa ninguna de tantas como son menester, ni quien supiese nada para dar industria de ello, y, sobre todo, no haber qué comer entretanto que se hiciesen y los que habían de trabajar del arte que habíamos dicho; y considerando todo esto, acordamos de pensar en ello más de espacio, y cesó la plática aquel día y cada uno se fué encomendándolo a Dios Nuestro Señor que lo encaminase por donde Él fuese más servido.

Otro día quiso Dios que uno de la compañía vino diciendo que él haría unos cañones de palo y con unos cueros de venado se harían unos fuelles, y como estábamos de tiempo que cualquiera cosa que tuviera una sobre haz de remedio nos parecía bien, dijimos que se pusiese por obra, y

acordamos hacer de los estribos, y espuelas, y ballestas, y de las otras cosas de hierro que había los clavos, y sierras, y hachas, y otras herramientas de que tanta necesidad había para ello; y dimos por remedio que para haber algún mantenimiento en el tiempo que esto se hiciese se hiciesen cuatro entradas en Aute con todos los caballos y gente que pudiera ir, y que a tercero día se matase un caballo, el cual se repartiese entre los que trabajaban en la obra de las barcas y los que estaban enfermos. Las entradas se hicieron con la gente y caballos que fué posible, y en ellas se trajeron hasta cuatrocientas fanegas de maíz, aunque no sin contiendas y pependencias con los indios.

Hecimos apañar muchos palmitos para aprovecharnos de la lana y cobertura de ellos, torciéndola y adereszándola para usar en lugar de estopa para las barcas; las cuales se comenzaron a hacer con un solo carpintero que en la compañía había, y tanta diligencia pusimos, que, comenzándolas a cuatro días de agosto, a veinte

días del mes de setiembre eran acabadas cinco barcas, de a veinte y dos codos cada una, calafateadas con las estopas de los palmitos. Breámoslas con cierta pez de alquitrán que hizo un griego llamado don Teodoro, de unos pinos; y de la misma ropa de los palmitos y de las colas y crines de los caballos hecimos cuerdas y jarcias, y de las nuestras camisas velas, y de las sabinas (*) que allí había hecimos los remos que nos pareció que era menester. Tal era la tierra en que nuestros pecados nos habían puesto, que con muy gran trabajo podíamos hallar piedras para lastre y anclas de las barcas, ni en toda ella habíamos visto ninguna.

Desollamos también las piernas de los caballos enteras, y curtimos los cueros de ellas para hacer botas en que llevásemos el agua. En este tiempo algunos andaban cogiendo mariscos por los rincones y entradas de la mar, en que los indios, en dos veces que dieron en ellos, nos mataron diez hombres a la vista del real, sin que los pudiéramos

(*) Arbusto de la familia de las coníferas.

socorrer, los cuales hallamos de parte a parte pasados con flechas.

Antes que nos embarcásemos, sin los que los indios nos mataron, se murieron más de cuarenta hombres de enfermedad y hambre. A veintidós días del mes de setiembre se acabaron de comer los caballos, y en este día nos embarcamos”.

Con aquellos armadijos donde otra gente menos desesperada y menos templada no hubiera osado meterse para desafiar las olas, bravas, como sabían los viajeros por experiencia, se dieron a la navegación, y fueron costeano y topándose frecuentemente con canoas de indígenas que huían en general. Alvar Núñez se apoderó de cinco canoas de los indios y con ello reforzaron y aliviaron mucho la flota.

Los odres del cuero crudo de los caballos se pudrieron y se inutilizó el agua y tuvieron que sufrir durante días inacabables el tormento de la sed. Al punto de que algunos no pudiendo sufrirlo bebieron agua salada y, como lo repitiesen, les costó la vida.

En una pequeña isla hay varios combates con los indios de ella y resultan heridos el gobernador y el propio Alvar Núñez, en la cara. En otro punto de la costa más poblado, la lucha con los habitantes del país fué todavía más difícil de aguantar.

“DE LA REFRIEGA QUE NOS DIERON LOS INDIOS:

Venida la mañana, vinieron a nosotros muchas canoas de indios, pidiéndonos dos compañeros suyos que nosotros habíamos quedado por rehenes. El gobernador dijo que se los daría con que trajesen dos cristianos que habían llevado y que no nos volvían.

Con esta gente venían cinco o seis señores y nos pareció ser la gente más bien dispuesta y de más autoridad y concierto que hasta allí habíamos visto aunque no tan grandes como los otros de quien habemos contado.

Traían los cabellos sueltos y muy largos, y cubierto con mantas de martas, de la suerte de

las que atrás habíamos tomado, y algunas de ellas hechas por muy extraña manera, porque en ella había unos lazos de labores de unas pieles leonadas, que parecían muy bien. Rogábannos que nos fuésemos con ellos y que nos darían los cristianos y agua y otras muchas cosas. De continuo acudían sobre nosotros muchas canoas, procurando de tomar la boca de aquella entrada, y así por esto como porque la tierra era muy peligrosa para estar en ella, nos salimos a la mar, donde estuvimos hasta mediodía con ellos.

Y como no nos quisiesen dar los cristianos, y por este respeto nosotros no les diésemos los indios, comenzáronnos a tirar piedras con hondas, y varas, con muestras de flecharnos, aunque en todos ellos no vimos sino tres o cuatro arcos.

Estando en esta contienda el viento refrescó, y ellos se volvieron y nos dejaron; y así navegamos aquel día, hasta hora de vísperas, que mi barca, que iba delante, descubrió una punta que la tierra hacía, y del otro cabo se veía un río

muy grande, y en una isleta que hacía la punta hice yo surgir por esperar las otras barcas.

El gobernador no quiso llegar; antes se metió por una bahía muy cerca de allí, en que había muchas isletas, y allí nos juntamos, y desde la mar tomamos agua dulce, porque el río entraba en la mar de avenida, y por tostar algún maíz de lo que traíamos, porque ya había dos días que lo comíamos crudo, saltamos en aquella isla; mas como no hallamos leña, acordamos de ir al río que estaba detrás de la punta, una legua de allí; y yendo, era tanta la corriente, que no nos dejaba en ninguna manera llegar, antes nos apartaba de la tierra, y nosotros trabajando y porfiando por tomarla.

El Norte que venía de la tierra comenzó a crescer tanto, que nos metió en la mar, sin que nosotros pudiésemos hacer otra cosa; y a media legua que fuimos metidos en ella, sondamos y hallamos que con treinta brazas no pudimos tomar hondo, y no podíamos entender si la corriente era causa que no lo pudiésemos tomar. Así

navegamos dos días todavía, trabajando por tomar tierra, y al cabo de ellos, un poco antes que el sol saliese, vimos muchos humeros por la costa; y trabajando por llegar allá, nos hallamos en tres brazas de agua, y por ser de noche no osamos tomar tierra, porque como habíamos visto tantos humeros, creíamos que se nos podría recrescer algún peligro sin nosotros poder ver, por la mucha oscuridad, lo que habíamos de hacer. Por esto determinamos de esperar a la mañana; y como amanesció, cada barca se halló por sí perdida de las otras. Yo me hallé en treinta brazas, y, siguiendo mi viaje, a hora de vísperas vi dos barcas, y como fuí a ellas vi que la primera a que llegué era la del gobernador, el cual me preguntó qué me parecía que debíamos hacer. Yo le dije que debía recobrar aquella barca que iba delante y que en ninguna manera la dejase, y que juntas todas tres barcas, siguiésemos nuestro camino donde Dios nos quisiese llevar. Él me respondió que aquello no se podía hacer, porque la barca iba muy metida en la mar y él quería tomar la

tierra, y que si la quería yo seguir, que hiciese que los de mi barca tomasen los remos y trabajasen, porque con fuerza de brazos se había de tomar la tierra. Esto le aconsejaba un capitán que consigo llevaba, que se llamaba Pantoja, diciéndole que si aquel día no tomaba la tierra, que en otros seis no la tomaría, y en este tiempo era necesario morir de hambre.

Yo, vista su voluntad, tomé mi remo, y lo mismo hicieron todos los que en mi barca estaban para ello, y bogamos hasta casi puesto el sol; mas como el gobernador llevaba la más sana y recia gente que entre toda había, en ninguna manera lo podimos seguir ni tener con ella.

Yo, como vi esto, pedíle que, para poderle seguir, me diese un cabo de su barca, y él me respondió que no harían ellos poco si solos aquella noche pudiesen llegar a tierra. Yo le dije que pues vía la poca posibilidad que en nosotros había para poder seguirle y hacer lo que había mandado, que me dijese qué era lo que mandaba que yo hiciese. Él me respondió que ya no era

tiempo de mandar unos a otros; que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese, que era para salvar la vida; que él así lo entendía hacer, y, diciendo esto, se alargó con su barca, y como no le pude seguir, arribé sobre la otra barca que iba metida en la mar, la cual me esperó; y llegado a ella, hallé que era la que llevaban los capitanes Peñalosa y Téllez, y, ansí, navegamos cuatro días en compañía, comiendo por tasa cada día medio puño de maíz crudo.

Al cabo de estos cuatro días nos tomó una tormenta, que hizo perder la otra barca, y por gran misericordia que Dios tuvo de nosotros no nos hundimos del todo, según el tiempo hacía; y con ser invierno, y el frío muy grande, y tantos días que padescíamos hambre, con los golpes que de la mar habíamos recibido, otro día la gente comenzó mucho a desmayar, de tal manera, que cuando el sol se puso, todos los que en mi barca venían estaban caídos en ella unos sobre otros, tan cerca de la muerte, que pocos había que tuviesen sentido, y, entre todos ellos, a esta hora

no había cinco hombres en pie; y cuando vino la noche no quedamos sino el maestre y yo que pudiésemos marear la barca, y a dos horas de la noche el maestre me dijo que yo tuviese cargo de ella, porque él estaba tal, que creía aquella noche morir, y, así, yo tomé el leme (*), y pasada media noche, yo llegué por ver si era muerto el maestre, y él me respondió que él antes estaba mejor y que el gobernaría hasta el día.

Yo cierto aquella hora de muy mejor voluntad tomara la muerte que no ver tanta gente delante de mí de tal manera.

Y después que el tal maestre tomó cargo de la barca, yo reposé un poco muy sin reposo, ni había cosa más lejos de mí entonces que el sueño. Y cerca del alba parecióme que oía el tumbo de la mar, porque, como la costa era baja, sonaba mucho, y con este sobresalto llamé al maestre, el cual me respondió que creía que éramos cerca de tierra, y tentamos y hallámonos en siete brazas. Parecióle que nos debíamos tener a la mar

(*) Timón.

hasta que amaneciese, y, así, yo tomé un remo y bogueé de la banda de la tierra, que nos hallamos una legua della, y dimos la popa a la mar; y cerca de tierra nos tomó una ola que echó la barca fuera del agua un juego de herradura, y con el gran golpe que dió casi toda la gente que en ella estaba como muerta tornó en sí, y como se vieron cerca de la tierra, se comenzaron a descolgar, y, con manos y pies andando, y como salieron a tierra, a unos barrancos, hecimos lumbre y tostamos el maíz que traíamos, y hallamos agua de la que había llovido, y con el calor del fuego la gente tornó en sí y comenzaron algo a esforzarse.

El día que aquí llegamos era sexto del mes de noviembre”.

Se observa cómo en medio de las calamidades continuas la mayor serenidad y el mayor espíritu de buen sentido son los de Cabeza de Vaca, y cómo se perfila una diferencia notable entre la conducta o la inclinación del gobernador Pánfilo Narváez, y la de Alvar Núñez que en los momentos más terribles no pierde una conciencia estricta de lo que estima lo razonable y lo que impone el deber.

Esta vez los indígenas les proveen de algunos alimentos que consisten en pescado, raíces y cierta clase de nueces, y con una pequeña provisión, desafían de nuevo a los tumbos con que embiste la mar junto a la costa. La tempestad les vuelve a arrojar contra la tierra, se ahogan algunos hombres más, y es tal la condición espantosa en que se encuentran tendidos sobre la playa, desnudos, esqueléticos, arrastrándose sobre los codos, con los compañeros muertos, recogidos y pudriéndose allí, que los indios que acuden, en sus reacciones primitivas, rompen a llorar con gritos ensordecedores.

El explorador infatigable lo cuenta en sus memorias:

“Y a hora de puesto el sol, los indios, creyendo que no nos habíamos ido, nos volvieron a buscar y a traernos de comer; mas cuando ellos nos vieron así en tan diferente hábito del primero y en manera tan extraña, espantáronse tanto que se volvieron atrás. Yo salí a ellos y llamélos, y vinieron muy espantados. Hícelos entender por señas cómo se nos había hundido una barca y se habían ahogado tres de nosotros, y allí en su presencia ellos mismos vieron dos muertos, y los que quedábamos íbamos aquel camino.

Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor y lástima que hobieron de vernos en tanta mala fortuna, comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad, que lejos de allí se podía oír, y esto les duró más de media hora; y cierto ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciese más la pasión y la consideración de nuestra desdicha.

Era nuestro estado tan lastimoso, porque como entonces era por noviembre, y el frío muy grande, y nosotros tales que con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos propia figura de la muerte. De mí sé decir que desde el mes de mayo pasado yo no había comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas veces me vi en necesidad de comerlo crudo; porque aunque se mataron los caballos entretanto que las barcas

se hacían, yo nunca pude comer dellos, y no fueron diez veces las que comí pescado.

Esto digo por excusar razones, porque pueda cada uno ver qué tales estaríamos.

Y sobre todo lo dicho había sobrevenido viento norte, de suerte que más estábamos cerca de la muerte que de la vida”.

Como aquellos indios se presentaban en cierto modo clementes, Cabeza de Vaca propuso pedirles que les llevasen a sus viviendas, y aunque algunos de los expedicionarios opinaban que de hacerlo los sacrificarían a los ídolos, fuéronse con ellos. Con gran algarada de cientos de voces les agasajaron, les destinaron una casa y les encendieron numerosos fuegos. Allí, al menos, hubo un remanso a las fatigas más crudas. Alvar Núñez relata:

“CÓMO SUPIMOS DE OTROS CRISTIANOS:

Un día yo vi a un indio de aquellos un rescate, y conocí que no era de los que nosotros les habíamos dado, y, preguntando dónde le habían habido, ellos por señas me respondieron que se lo habían dado otros hombres como nosotros, que estaban atrás. Yo, viendo esto, envié dos cristianos y dos indios que les mostrasen aquella gente, y muy cerca de allí toparon con ellos, que también venían a buscarnos; porque los indios que allá quedaban les habían dicho de nosotros. Éstos eran los capitanes Andrés Dorantes y Alonso Castillo, con toda la gente de su barca. Y llegados a nosotros, se espantaron mucho de vernos

de la manera que estábamos, y recibieron muy gran pena por no tener qué darnos; que ninguna otra ropa traían sino la que tenían vestida.

Y estuvieron allí con nosotros, y nos contaron cómo a 5 de aquel mismo mes su barca había dado al través, legua y media de allí, y ellos habían escapado sin perderse ninguna cosa; y todos juntos acordamos de adobar su barca e irnos en ella los que tuviesen fuerza y disposición para ello; los otros quedarse allí hasta que convaleciesen, para irse como pudiesen por luengo de costa, y que esperasen allí hasta que Dios los llevase con nosotros a tierra de cristianos. Como lo pensamos, así nos pusimos en ello, y antes que echásemos la barca al agua, Tavera, un caballero de nuestra compañía, murió, y la barca que nosotros pensábamos llevar hizo su fin y no se pudo sostener a sí misma, que luego fué hundida; y como quedamos del arte que he dicho, y los más desnudos, y el tiempo tan recio para caminar y pasar ríos y ancones a nado, ni tener bastimento alguno ni manera para llevarlo, determi-

namos de hacer lo que la necesidad pedía, que era invernar allí. Acordamos también que cuatro hombres que mas recios estaban fuesen a Pánuco, creyendo que estábamos cerca de allí, y que si Dios Nuestro Señor fuese servido de llevarlos allá, diesen aviso de cómo quedábamos en aquella isla y de nuestra necesidad y trabajo.

Éstos eran muy grandes nadadores, y al uno llamaban Álvaro Fernández, portugués, carpintero y marinero; el segundo se llamaba Méndez, y el tercero Figueroa, que era natural de Toledo; el cuarto, Astudillo, natural de Zafra. Llevaban consigo un indio que era de la isla”.

Si estos indios tenían buena voluntad, la escasez y en seguida la ausencia total de elementos para alimentarse, les impidió remediar necesidad alguna, ya que ellos mismos morían de hambre. Se llegó entre los expedicionarios españoles a tan terribles términos, que cinco de ellos que estaban aislados en un rincón de la costa, se comieron unos a otros, hasta quedar el último. Hasta aquellos rudos indígenas, al enterarse, se espantaron de tal suerte y desdicha y se escandalizaron en tono muy amenazador.

Ya sólo quedan quince hombres. Pero debajo de la piel martirizada de los quince quedan todavía nervios para sostenerlos y corazón para esperarlos. Pusieron por nombre los viajeros a la isla la del Mal hado". El narrador explica una nueva circunstancia que en el porvenir le favorecerá:

“DE LO QUE NOS ACAESCIÓ EN LA ISLA DEL MAL HADO:

En aquella isla que he contado nos quisieron hacer físicos sin examinarnos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan fuera de él la enfermedad, y mandáronnos que hiciéramos lo mismo y sirviésemos en algo; nosotros nos reíamos de ello, diciendo que era burla y no sabíamos curar, y por esto nos quitaban la comida hasta que hiciésemos lo que nos decían. Y viendo nuestra porfía, un indio me dijo a mí que yo no sabía lo que decía en decir que no aprovecharía nada aquello que él sabía, que las piedras y otras cosas que se crían por los

campos tienen virtud; y que él con una piedra caliente, trayéndola por el estómago sanaba y quitaba el dolor, y que nosotros que éramos otros hombres, cierto era que teníamos mayor poder y virtud.

En fin, nos vimos en tanta necesidad, que lo hobimos de hacer, sin temer que nadie nos llevase por ello la pena. La manera que ellos tienen en curarse es ésta: que en viéndose enfermos llaman un médico, y después de curado, no sólo le dan todo lo que poseen, mas entre sus parientes buscan otras cosas que darle. Lo que el médico hace es dalles unas sajas donde tienen el dolor, y chúpanles al derredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y lo he experimentado, y me sucedió bien de ello; y después de ésto, soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos que se les quita el mal. La manera con que nosotros curábamos era santiguándolos y soplarlos, y rezar un "Pater noster" y un "Ave María", y rogar lo mejor que podíamos a Dios nuestro Señor



...y rogar lo mejor que podíamos a Dios Nuestro Señor que les diese salud.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MEXICO

que les diese salud y espirase en ellos que nos hiciesen algún buen tratamiento.

Quiso Dios Nuestro Señor y su misericordia que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos decían a los otros que estaban sanos y buenos; y por este respecto nos hacían buen tratamiento y dejaban ellos de comer por dárnoslo a nosotros, y nos daban cueros y otras cosillas.

Fué tan extremada el hambre que allí se pasó, que muchas veces estuve tres días sin comer ninguna cosa, y ellos también lo estaban, y parecíame ser cosa imposible durar la vida, aunque en otras mayores hambres y necesidades me vi después, como adelante diré. Los indios que tenían a Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, y a los demás que habían quedado vivos, como eran de otra lengua y de otra parentela, se pasaron a otra parte de la Tierra Firme a comer ostiones, y allí estuvieron hasta el primero día del mes de abril, y luego volvieron a la isla, que estaba de allí hasta

dos leguas por lo más ancho del agua, y la isla tiene media legua de través y cinco de largo.

Toda la gente de esta tierra anda desnuda; solas las mujeres traen de sus cuerpos algo cubierto con una lana que en los árboles se cría. Las mozas se cubren con unos cueros de venados. Es gente muy partida de lo que tienen unos con otros. No hay entre ellos señor. Todos los que son de un linaje andan juntos. Habitan en ellas dos maneras de lenguas: a los unos llaman de Capoques, y a los otros de Han; tienen por costumbre cuando se conocen y de tiempo a tiempo se ven, primero que se hablen, estar media hora llorando, y, acabado esto, aquel que es visitado se levanta primero y da al otro todo cuanto posee, y el otro lo recibe, y de ahí a un poco, se va con ello, y aun algunas veces, después de recibido, se van sin que hablen palabra”.

“CÓMO SE PARTIERON LOS CRISTIANOS DE LA ISLA DEL MAL HADO:

Después que Dorantes y Castillo volvieron a la isla recogieron consigo todos los cristianos, que estaban algo esparcidos, y halláronse por todo catorce. Yo, como he dicho, estaba en la otra parte, en Tierra Firme, donde mis indios me habían llevado y donde me había dado tan gran enfermedad, que ya que alguna otra cosa me diera esperanza de vida, aquella bastaba para del todo quitármela. Y como los cristianos esto supieron, dieron a un indio la manta de marta que de un cacique habíamos tomado, porque los pasase donde yo estaba para verme; y así vinieron doce, porque los dos quedaron tan flacos que

no se atrevieron a traerlos consigo. Los nombres de los que entonces vinieron son: Alonso de Castillo, Andres Dorantes y Diego Dorantes; Valdívieso, Estrada, Tostado, Chaves, Gutiérrez, Esturiano, clérigo; Diego de Huelva, Estebanico el Negro, Benítez. Como fueron venidos a Tierra Firme hallaron otro que era de los nuestros, que se llamaba Francisco de León, y todos trece por luengo de costa. Y luego que fueron pasados, los indios que me tenían me avisaron de ello, y como quedaban en la isla Hierónimo de Alaniz y Lope de Oviedo. Mi enfermedad estorbó que no les pude seguir ni los vi. Yo hube de quedar con estos mismos indios de la isla más de un año, y por el mucho trabajo que me daban y mal tratamiento que me hacían determiné de huir de ellos, y irme a los que moran en los montes y Tierra Firme, que se llaman los de Charruco, porque yo no podía sufrir la vida con que estos otros tenía; porque entre otros trabajos muchos, había de sacar las raíces para comer debajo del agua y entre las cañas donde estaban metidos en la tierra.

De esto traía yo los dedos tan gastados, que una paja que me tocase me hacía sangre de ellos, y las cañas me rompían por muchas partes, porque muchas de ellas estaban quebradas y había de entrar por medio de ellas con la ropa que he dicho que traía.

Y por eso yo puse en obra de pasarme a los otros, y con ellos me sucedió algo mejor; y porque yo me hice mercader, procuré de usar el oficio lo mejor que supe, y por esto ellos me daban de comer y me hacían buen tratamiento y rogábanme que me fuese de unas partes a otras por cosas que ellos habían menester, porque por razón de la guerra que contino traen, la tierra no se anda ni se contrata tanto.

E ya con mis tratos y mercaderías entraba la tierra adentro todo lo que quería, y por luengo de costa me alargaba cuarenta o cincuenta leguas. Lo principal de mi trato era pedazos de caracoles de la mar y corazones de ellos y conchas, con que ellos cortan una fruta que es como frísoles, con que se curan y hacen sus bailes y fiestas, y

esta es la cosa de mayor prescio que entre ellos hay, y cuentas de la mar y otras cosas.

Los trabajos que en esto pasé sería largo contarlos, así de peligros y hambres como de tempestades y fríos, que muchos de ellos me tomaron en el campo y solo, donde, por gran misericordia de Dios Nuestro Señor, escapé; y por esta causa yo no trataba el oficio en invierno, por ser tiempo que ellos mismos en sus chozas y ranchos metidos, no podían valerse ni ampararse.

Fueron casi seis años el tiempo que yo estuve en esta tierra solo entre ellos y desnudo, como todos andaban. La razón por que tanto me detuve fué por llevar conmigo un cristiano que estaba en la isla, llamado Lope de Oviedo. El otro compañero de Alaníz, que con él había quedado cuando Alonso del Castillo y Andrés Dorantes con todos los otros se fueron, murió luego. Por sacarlo de allí yo pasaba a la isla cada año y le rogaba que nos fuésemos a la mejor maña que pudiésemos en busca de cristianos, y cada año me detenía diciendo que el otro siguiente nos iría-

mos. En fin, al cabo lo saqué y le pasé el ancón y cuatro ríos que hay por la costa, porque él no sabía nadar, y, así, fuimos con algunos indios adelante hasta que llegamos a un ancón que tiene una legua de través y es por todas partes hondo, y por lo que de él nos pareció y vimos, es el que llaman del Espíritu Santo. De la otra parte de él vimos unos indios, que vinieron a ver los nuestros, y nos dijeron cómo más adelante había tres hombres como nosotros, y nos dijeron los nombres de ellos; y preguntándoles por los demás, nos respondieron que todos eran muertos de frío y de hambre, y que aquellos indios de adelante ellos mismos por su pasatiempo habían muerto a Diego Dorantes y a Valdivieso y a Diego de Huelva, porque se habían pasado de una casa a otra; y que los otros indios, sus vecinos, con quien agora estaba el capitán Dorantes, por razón de un sueño que habían soñado, habían muerto a Esquivel y a Méndez.

Preguntámosles qué tales estaban los vivos; dijéronnos que muy maltratados, porque los

mochachos y otros indios, que entre ellos son muy holgazanes y de mal trato, les daban muchas coces, y bofetadas, y palos, y que esta era la vida que con ellos tenían. Quisímonos informar de la tierra adelante y de los mantenimientos que en ella había, respondieron que era muy pobre de gente, y que en ella no había qué comer, y qué morían de frío porque no tenían cueros ni con qué cubrirse.

Dijéronnos también si queríamos ver aquellos tres cristianos, que de ahí a dos días los indios que los tenían venían a comer nueces una legua de allí, a la vera de aquel río; y porque viésemos que lo que nos habían dicho del mal tratamiento de los otros era verdad, estando con ellos dieron al compañero mío de bofetones y palos, y yo no quedé sin mi parte, y de muchos pellazos de lodo que nos tiraban, y nos ponían cada día las flechas al corazón, diciendo que nos querían matar como a los otros nuestros compañeros.

Y temiendo esto Lope de Oviedo, mi compañero, dijo que quería volverse con unas mujeres

de aquellos indios, con quien habíamos pasado el ancón, que quedaban algo atrás.

Yo porfié mucho con él que no lo hiciese, y pasé muchas cosas, y por ninguna vía lo pude detener, y, así, se volvió y yo quedé solo con aquellos indios, los cuales se llamaban quevenes, y los otros con quien él se fué se llaman deaguanes.

Desde a dos días, los indios que tenían a Alonso del Castillo y Andrés Dorantes vinieron al mismo lugar que nos habían dicho, a comer nueces, de que se mantienen, moliendo unos granillos con ellas, dos meses del año, sin comer otra cosa, y aun esto no lo tienen todos los años, porque acuden uno y otro no; son del tamaño de las de Galicia, y los árboles son muy grandes y hay gran número de ellos. Un indio me avisó como los cristianos eran llegados, y que si yo quería verlos me hurtase y huyese a un canto de un monte que él me señaló; porque él y otros parientes suyos habían de venir a ver aquellos indios, y que me llevarían consigo adonde los cristianos estaban”.

Otra vez la voluntad de hierro de Cabeza de Vaca se manifiesta en su desacuerdo con Lope de Oviedo. El designio inquebrantable de seguir adelante, porque adelante es donde está siempre la salvación. La debilidad, comparativamente, de su amigo que retorna porque entre los salvajes que quedan atrás tiene asegurado un poco de mejor trato. Ahora, con los nuevos indios a quienes se entrega Alvar Núñez, consigue reunirse con Dorantes, Castillo y Estabanico el Negro, y saber de otros dos compañeros, Esquivel y Figueroa, y por las relaciones de ellos cómo ha desaparecido con otros en su barca, en un golpe de mar, el gobernador; y otras penalidades referentes a los camaradas:

“DE LA RELACIÓN QUE DIÓ DE
ESQUIVEL:

Esta cuenta toda dió Figueroa por la relación que de Esquivel había sabido, y, así, de mano en mano llegó a mí, por donde se puede ver y saber el fin que toda aquella armada hobo. Y dijo más: que si los cristianos algún tiempo andaban por allí, podría ser que viesen a Esquivel, porque sabía que se había huido de un indio con quien estaba, a otras, que se decían los mareames, que eran allí vecinos. Y como acabo de decir, él y el asturiano se quisieran ir a otros indios que adelante estaban; mas como los indios que lo tenían lo sintieron, salieron a ellos y diéronles muchos palos, y desnudaron al asturiano, y pasáronle un

brazo con una flecha, y, en fin, se escaparon huyendo, y los cristianos se quedaron con aquellos indios, y acabaron con ellos que los tomasen por esclavos, aunque estando sirviéndoles fueron tan maltratados de ellos, como nunca esclavos ni hombres de ninguna suerte lo fueron. De seis que eran, no contentos con darles muchas bofetadas y apalearlos y pelarles las barbas por su pasatiempo, por solo pasar de una casa a otra mataron tres, que son los que arriba dije: Diego Dorantes y Valdivieso y Diego de Huelva, y los otros tres que quedaban esperaban parar en esto mismo; y por no sufrir esta vida, Andrés Dorantes se huyó y se pasó a los mareames, que eran aquellos adonde Esquivel había parado, y ellos le contaron cómo habían tenido allí a Esquivel, y cómo estando allí se quiso huir porque una mujer había soñado que le había de matar un hijo, y los indios fueron tras él y lo mataron y mostraron a Andrés Dorantes su espada y sus cuentas y libro y otras cosas que tenía. Esto hacen éstos por una costumbre que tienen, y es que matan sus

mismos hijos por sueños, y a las hijas en nasciendo las dejan comer a perros y las echan de ahí.

La razón por que ellos lo hacen es, según ellos dicen, porque todos los de la tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra; y que si acaso casasen sus hijas, multiplicarían tanto sus enemigos que los sujetarían y tomarían por esclavos; y por esta causa querían mas matallas que no que de ellas mismas nasciese quien fuese su enemigo. Nosotros les dijimos que por qué no las casaban con ellos mismos. Y también entre ellos dijeron que era fea cosa casarlas con sus parientes, y que era muy mejor matarlas que darlas a sus parientes ni a sus enemigos. Esta costumbre usan estos y otros sus vecinos, que se llaman los iguaces, solamente, sin que ningunos otros de la tierra la guarden. Y cuando éstos se han de casar, compran las mujeres a sus enemigos, y el precio que cada uno da por la suya es un arco, el mejor que puede haber, con dos flechas; y si acaso no tiene arco, una red hasta una braza en ancho y otra en largo. Matan sus hijos y mercan

los ajenos; no dura el casamiento mas de cuanto están contentos. Dorantes estuvo con éstos, y desde a pocos días se huyó. Castillo y Estebanico se vinieron dentro a la Tierra Firme a los iguaces. Toda esta gente son flecheros y bien dispuestos, aunque no tan grandes como los que atrás dejamos, y traen el labio horadado”.

El explorador discurre unos párrafos sobre las costumbres de aquellos indios y los animales en estado salvaje que se veían por aquellas tierras. Y hace especial mención de los grandes rebaños de vacas con “los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino, como de vernia; unas son pardillas y otras negras y tienen más gruesa carne que las de España”. Durante un tiempo el problema capital de los expedicionarios es hallar la treta para huir, todos juntos, de los indios de esta región sin ser sorprendidos en la huída porque a los indígenas les exasperan estas mudanzas. Lo consiguen por fin, y llegan a unas nuevas razas o tribus, donde alojan a Cabeza de Vaca, Castillo, Dorantes y Esteban que son ahora los cuatro compañeros de infortunio:

“DE CÓMO CURAMOS AQUÍ UNOS DOLIENTES:

Aquella misma noche que llegamos vinieron unos indios a Castillo y dijéronle que estaban muy malos de la cabeza, rogándole que los curase; y después que los hubo santiguado y encomendado a Dios, en aquel punto los indios dijeron que todo el mal se les había quitado; y fueron a sus casas y trajeron muchas tunas y un pedazo de carne de venado, cosa que no sabíamos qué cosa era; y como esto entre ellos se publicó, vinieron otros muchos enfermos en aquella noche a que los sanase, y cada uno traía un pedazo de venado; y tantos eran, que no sabíamos adónde poner la carne.

Dimos muchas gracias a Dios, porque cada día iba creciendo su misericordia y mercedes; y después que se acabaron las curas comenzaron a bailar y hacer sus areitos (*) y fiestas, hasta otro día que el sol salió; y duró la fiesta tres días por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra de adelante y por la gente que en ella hallaríamos, y los mantenimientos que en ella había. Respondiéronnos que por toda aquella tierra había muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente había, porque todos eran idos a sus casas, con haber ya cogido las tunas; y que la tierra era muy fría y en ella había muy pocos cueros. Nosotros, viendo esto, que ya el invierno y tiempo frío entraba, acordamos de pasarlo con éstos. A cabo de cinco días que allí habíamos llegado se partieron a buscar otras tunas adonde había otra gente de otras naciones y lenguas, y andando cinco jornadas con muy grande hambre, porque en el camino no había tunas ni otra fruta ninguna, allegamos

(*) *Areito*: canto y baile de los indios.

a un río, donde asentamos nuestras casas. Después de asentadas fuimos a buscar una fruta de unos árboles, que es como hieros, y como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve más en buscarla; la gente se volvió y yo quedé solo, y viniendo a buscarlos aquella noche me perdí, y plugo a Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frío aquella noche, y a la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizones, y volví a buscarlos, y anduve de esta manera cinco días, siempre con mi lumbre y carga de leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese leña, como en muchas partes no la había, tuviese de qué hacer otros tizones y no me quedase sin lumbre, porque para el frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nascí; y para las noches yo tenía este remedio, que me iba a las matas del monte, que estaba cerca de los ríos, y paraba en ellas antes que el sol se pusiese, y en la tierra hacía un hoyo y en él echaba mucha leña, que se cría en muchos árboles, de que por allí hay muy gran cantidad, y juntaba mucha

leña de la que estaba caída y seca de los árboles, y al derredor de aquel hoyo hacía cuatro fuegos en cruz, y yo tenía cargo y cuidado de rehacer el fuego de rato en rato, y hacía unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubría en aquel hoyo, y de esta manera me amparaba del frío de las noches. Una de ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto, y estando yo durmiendo en el hoyo, comenzó a arder muy recio, y por mucha priesa que yo me di a salir todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que había estado.

En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa que pudiese comer, y como traía los pies descalzos, corrióme de ellos mucha sangre, y Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este tiempo no ventó el Norte, porque de otra manera ningún remedio había yo de vivir; y a cabo de cinco días llegué a una ribera de un río, donde yo hallé a mis indios, que ellos y los cristianos me contaban ya por muerto y siempre creían que alguna víbora me había mordido”.

Después de esto crece sin cesar la fama de los españoles como curanderos milagrosos, de unos valles en otros y de unas tribus en otras. En unos casos los atisbos de conocimiento médico de Alvar Núñez aprendidos en España, obraban la cura, y en otros innumerables obraba la fuerza de la sugestión tan fuerte en aquellas almas primitivas. Mudan varias veces los hombres de Cabeza de Vaca de tierra de indios, y se les depara otra etapa de hambres que tienen el regalo un día de varios perros que logran sacrificar. Lo suficiente para cobrar arrestos que impulsen a seguir no importa hasta dónde.

“CÓMO NOS PARTIMOS DESPUÉS DE HABER COMIDO LOS PERROS:

Después que comimos los perros, pareciéndonos que teníamos algún esfuerzo para poder ir adelante, encomendámonos a Dios Nuestro Señor para que nos guiase, nos despedimos de aquellos indios, y ellos nos encaminaron a otros de su lengua que estaban cerca de allí. E yendo por nuestro camino llovió, y todo aquel día anduvimos con agua, y allende de esto, perdimos el camino y fuímos a parar a un monte muy grande, y apañamos muchas hojas de tunas y asámoslas aquella noche en un horno que hecimos, y dímosles tanto fuego, que a la mañana estaban para comer, y después de haberlas comido encomen-

dámonos a Dios y partimos, y hallamos que el camino perdido habíamos. Pasado el monte vimos otras casas de indios; y llegados allá, vimos dos mujeres y muchachos, que se espantaron que andaban por el monte, y en vernos huyeron de nosotros y fueron a llamar a los indios que andaban por el monte; y venidos, paráronse a mirarnos detrás de unos árboles, y llamámosles y allegáronse con mucho temor. Después de haberles hablado, nos dijeron que tenían mucha hambre y que cerca de allí estaban muchas casas de ellos propios, y dijeron que nos llevarían a ellas; y aquella noche llegamos adonde había cincuenta casas, y se espantaron de vernos y mostraban mucho temor; y después que estuvieron algo sosegados de nosotros, allegábonnos con las manos al rostro y al cuerpo, y después traían ellos sus manos por sus caras y sus cuerpos, y así estuvimos aquella noche. Venida la mañana, trajéronnos los enfermos que tenían, rogándonos que los santiguásemos, y nos dieron de lo que tenían para comer que eran hojas de tunas y tunas verdes

asadas; y por el buen tratamiento que nos hacían, y porque aquello que tenían nos lo daban de buena gana y voluntad, y holgaban de quedar sin comer por dárnoslo, estuvimos con ellos algunos días; y estando allí, vinieron otros de más adelante. Cuando se quisieron partir dijimos a los primeros que nos queríamos ir con aquellos. A ellos les pesó mucho, y rogáronnos muy ahincadamente que no nos fuésemos, y al fin nos despedimos de ellos y los dejamos llorando por nuestra partida, porque les pesaba mucho en gran manera”.

“D E LAS COSTUMBRES DE LOS IN-
DIOS DE AQUELLA TIERRA:

Desde la isla del Mal Hado, todos los indios que hasta esta tierra vimos tienen por costumbre que los hijos lactan hasta que son de edad de doce años; que ya entonces están en edad que por sí saben buscar de comer. Preguntámosles que por qué los criaban así, y decían que por la mucha hambre que en la tierra había, que acontecía muchas veces, como nosotros víamos, estar dos o tres días sin comer, y a las veces cuatro; y por esta causa los dejaban lactar, porque en los tiempos de hambre no muriesen; y ya que algunos escapasen, saldrían muy delicados y de pocas fuerzas. Si acaso acontece caer enfermos

algunos, déjanlos morir en aquellos campos si no es hijo, y todos los demás, si no pueden ir con ellos, se quedan; mas para llevar un hijo o hermano, se cargan y lo llevan a cuestras. Todos estos acostumbran dejar sus mujeres cuando entre ellos no hay conformidad, y se tornan a casar; mas los que tienen hijos permanescen con sus mujeres y no las dejan, y cuando en algunos pueblos riñen y traban cuestiones unos con otros, apuñéanse y apaléanse hasta que están muy cansados, y entonces se desparten. Algunas veces los desparten mujeres, entrando entre ellos, que hombres no entran a despartirlos; y por ninguna pasión que tengan no meten en ella arcos ni flechas. Desde que se han apuñeado y pasado su cuestión, toman sus casas y mujeres y vanse a vivir por los campos y apartados de los otros, hasta que se les pasa el enojo; y cuando ya están desenojados y sin ira, tórnanse a su pueblo y de ahí adelante son amigos, como si ninguna cosa hobiera pasado entre ellos, ni es menester que nadie haga las amistades, porque de esta manera se ha-

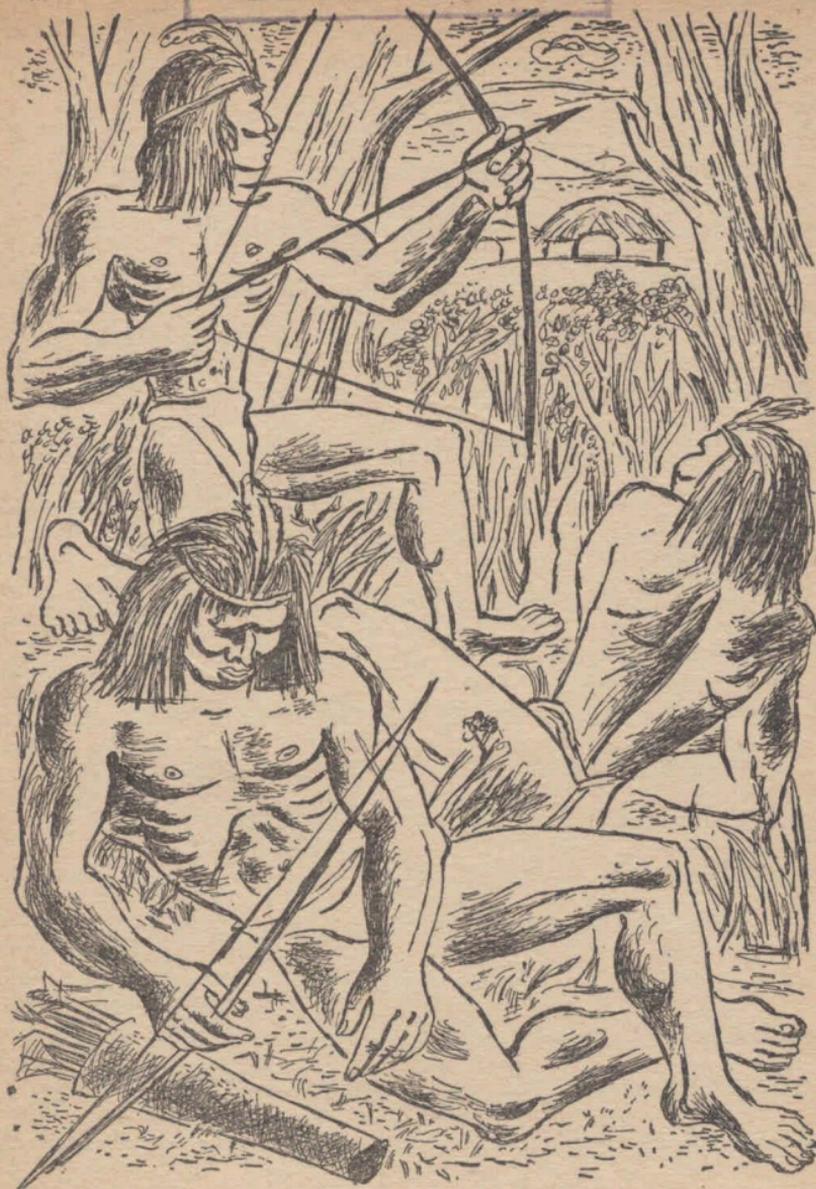
cen; y si los que riñen no son casados, vanse a otros sus vecinos, y aunque sean sus enemigos les resciben bien y se huelgan mucho con ellos y les dan de lo que tienen; de suerte que cuando es pasado el enojo, vuelven a su pueblo y viven ricos.

Toda es gente de guerra y tienen tanta astucia para guardarse de sus enemigos como tendrían si fuesen criados en Italia y en continua guerra. Cuando están en parte que sus enemigos los pueden ofender, asientan sus casas a la orilla del monte mas áspero y de mayor espesura que por allí hallan, y junto a él hacen un foso, y en este duermen.

Toda la gente de guerra está cubierta con leña menuda, y hacen sus saeteras y están tan cubiertos y disimulados, que aunque estén cabe ellos no los ven, y hacen un camino muy angosto y entra hasta en medio del monte, y allí hacen lugar para que duerman las mujeres y niños, y cuando viene la noche encienden lumbres en sus casas para que si hobiere espías crean que están

en ellas, y antes del alba tornan a encender los mismos fuegos; y si acaso los enemigos vienen a dar en las mismas casas, los que están en el foso salen de ellos y hacen desde las trincheras mucho daño, sin que los de fuera los vean ni los puedan hallar. Cuando no hay montes en que ellos puedan de esta manera esconderse y hacer sus celadas, asientan en llano, en la parte que mejor les parece, y cercanse de trincheras cubiertas de leña menuda y hacen sus saeteras, con que flechan a los indios, y estos reparos hacen para de noche.

Estando yo con los de aguenes, no estando avisados vinieron sus enemigos a media noche y dieron en ellos y mataron tres y hirieron otros muchos; de suerte que huyeron de sus casas por el monte adelante, y desque sintieron que los otros se habían ido, volvieron a ellas y recogieron todas las flechas que los otros les habían echado, y lo mas encubiertamente que pudieron los siguieron, y estuvieron aquella noche sobre sus casas sin que fuesen sentidos, y al cuarto del alba les acometieron y les mataron cinco, sin otros



Se matan de noche por asechanzas y usan unos con otros grandes crueldades.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

muchos que fueron heridos y les hicieron huir y dejar sus casas y arcos, con toda la hacienda; y de allí a poco tiempo vinieron las mujeres de los que se llamaban quevenes, y entendieron entre ellos y los hicieron amigos, aunque algunas veces ellas son principio de la guerra.

Todas estas gentes, cuando tienen enemistades particulares, cuando no son de una familia, se matan de noche por asechanzas y usan unos con otros grandes crueldades.

Es la gente más presta para un arma de cuantas yo he visto en el mundo, porque si se temen de sus enemigos toda la noche están despiertos con sus arcos a par de sí y una docena de flechas; y el que duerme tiente su arco, y si no le halla en cuerda le da la vuelta que ha de menester. Salen muchas veces fuera de las casas tendidos por el suelo, de arte que no pueden ser vistos, y miran y atalayan por todas partes para sentir lo que hay; y si algo sienten, en un punto son todos en el campo con sus arcos y flechas, y así están hasta el día, corriendo a unas partes y otras, don-

de ven que es menester o piensan que pueden estar sus enemigos. Las cuerdas de los arcos son nervios de venados.

Cuando se han flechado en la guerra y gastado su munición, vuélvense cada uno su camino, sin que los unos sigan a los otros, aunque los unos sean muchos y los otros pocos, y esta es costumbre suya.

Muchas veces se pasan de parte a parte con las flechas, y no mueren de las heridas si no toca en las tripas o en el corazón; antes sanan presto. Ven y oyen más y tienen más agudo sentido que cuantos hombres yo creo que hay en el mundo. Son grandes sufridores de hambre, y de sed, y de frío, como aquellos que están más acostumbrados y hechos a ello que otros”.

Habla luego el viajero de las diversas lenguas que oye hablar en todo su camino a través de gentes distintas, aunque con una fisonomía general casi invariable. Nomenclautra y noticia de tribus y lugares cuya precisión geográfica resulta muy difícil de referir a la geografía de hoy. Y continúa:

“DE CÓMO NOS MUDAMOS Y
FUIMOS BIEN RESCEBIDOS:

Después que nos partimos de los que dejamos llorando, fuímonos con los otros a sus casas, y de los que en ellas estaban fuimos bien rescebidos y trujeron sus hijos para que les tocásemos las manos, y dábannos mucha harina de mezquiquez. Este mezquiquez es una fruta que cuando está en el árbol es muy amarga, y es de la manera de algarrobas, y cómese con tierra, y con ella está dulce y buena de comer. La manera que tienen con ella es esta: que hacen un hoyo en el suelo, de la hondura que cada uno quiere, y después de echada la fruta en este hoyo, con un palo tan gordo como la pierna y de braza y media en largo,

la muelen hasta muy molida; y además que se le pega de la tierra del hoyo, traen otros puños y échanla en el hoyo y tornan otro rato a moler. Después échanla en una vasija de manera de una espuerta, y échanla tanta agua que basta a cubrirla, de suerte que queda agua por cima, y el que la ha molido pruébala, y si le parece que no está dulce, pide tierra y revuélvela con ella, y esto hace hasta que la halla dulce. Asíéntanse todos alrededor y cada uno mete la mano y saca lo que puede, y las pepitas de ella tornan a echar sobre unos cuernos y las cáscaras; y el que lo ha molido las coge y las torna a echar en aquella espuerta, y echa agua como de primero, y tornan a exprimir el zumo y agua que de ello sale, y las pepitas y cáscaras tornan a poner en el cuero, y de esta manera hacen tres o cuatro veces cada moledura; y los que se hallan en este banquete, que para ellos es muy grande, quedan con las barrigas muy grandes, de la tierra y agua que han bebido; y de esto nos hicieron los indios muy gran fiesta, y hobo entre ellos muy grandes bailes y

areitos en tanto que allí estuvimos. Y cuando de noche dormíamos, a la puerta del rancho donde estábamos nos velaban a cada uno de nosotros seis hombres con gran cuidado, sin que nadie no osase entrar dentro hasta que el Sol era salido.

Cuando nosotros nos quisimos partir de ellos, llegaron allí unas mujeres de otros que vivían adelante; y informados de ellas dónde estaban aquellas casas, nos partimos para allá, aunque ellos nos rogaron mucho que por aquel día nos detuviésemos, porque las casas adonde íbamos estaban lejos, y no había camino para ellas, y que aquellas mujeres venían cansadas, y descansando, otro día se irían con nosotros y nos guiarían, y así nos despedimos; y dende a poco las mujeres que habían venido, con otras del mismo pueblo, se fueron tras nosotros; mas como por la tierra no había caminos, luego nos perdimos, y así anduvimos cuatro leguas, y al cabo de ellas llegamos a beber a un agua a donde hallamos las mujeres que nos seguían, y nos dijeron el trabajo que habían pasado por alcanzarnos.

Partimos de allí llevándolas por guía, y pasamos un río cuando ya vino la tarde que nos daba el agua a los pechos; sería tan ancho como el de Sevilla, y corría muy mucho, y a puesta del Sol llegamos a cien casas de Indios; y antes que llegásemos salió toda la gente que en ellas había a recibirnos con tanta grita que era espanto, y dando en los muslos grandes palmadas; traían las calabazas horadadas, con piedras dentro, que es la cosa de mayor fiesta, y no las sacan sino a bailar o para curar, ni las osa nadie tomar sino ellos. Dicen que aquellas calabazas tienen virtud y que vienen del cielo, porque por aquella tierra no las hay, ni saben dónde las haya, sino que las traen los ríos cuando vienen de avenida. Era tanto el miedo y turbación que éstos tenían, que por llegar más prestos, los unos que los otros a tocarnos, nos apretaron tanto que por poco nos hobieren de matar; y sin dejarnos poner los pies en el suelo nos llevaron a sus casas, y tantos cargaban sobre nosotros y de tal manera nos apretaban que nos metimos en las casas que nos tenían hechas, y

nosotros no consentimos en ninguna manera que aquella noche hiciesen mas fiesta con nosotros.

Toda aquella noche pasaron entre sí en areitos y bailes, y otro día de mañana nos trajeron toda la gente de aquel pueblo para que los tocásemos y santiguásemos, como habíamos hecho a los otros con quien habíamos estado. Y después de este hecho, dieron muchas flechas a las mujeres del otro pueblo que habían venido con las suyas.

Otro día partimos de allí y toda la gente del pueblo fué con nosotros, y como llegamos a otros indios, fuímos bien recibidos, como de los pasados; y así nos dieron de lo que tenían y los venados que aquel día habían muerto; y entre éstos vimos una nueva costumbre, y es que los que venían a curarse, los que con nosotros estaban les tomaban el arco y las flechas; y zapatos y cuentas, si las traían, y después de haberlas tomado nos las traían delante de nosotros para que los curásemos; y curados, se iban muy contentos, diciendo que estaban sanos.

Así nos partimos de aquellos y nos fuimos a

otros, de quien fuimos muy bien recibidos, y nos trajeron sus enfermos, que santiguándolos decían que estaban sanos; y el que no sanaba creía que podíamos sanarle, y con lo que los otros que curábamos les decían, hacían tantas alegrías y bailes que no nos dejaban dormir.

Partidos de éstos, fuimos a otras muchas casas, y desde aquí comenzó otra nueva costumbre, y es, que rescibiéndonos muy bien, que los que iban con nosotros los comenzaron a hacer tanto mal, que les tomaban las haciendas y les saqueaban las casas, sin que otra cosa ninguna les dejasen; de esto nos pesó mucho, por ver el mal tratamiento que a aquellos que tan bien nos recibían se hacía, y también porque temíamos que aquello sería o causaría alguna alteración y escándalo entre ellos; mas como no éramos parte para remediarlo, ni para osar castigar los que esto hacían y hobimos por entonces de sufrir, hasta que más autoridad entre ellos tuviésemos; y también los indios mismos que perdían la hacienda, conociendo nuestra tristeza, nos consolaron, di-

ciendo que de aquello no rescibiésemos pena; que ellos estaban tan contentos de habernos visto, que daban por bien empleadas sus haciendas, y que adelante serían pagados de otros que estaban muy ricos.

“DE CÓMO SE MUDÓ LA COSTUMBRE DE RECEBIRNOS:

Desde aquí hubo otra manera de recibirnos en cuanto toca al saquearse, porque los que salían de los caminos a traernos alguna cosa a los que con nosotros venían no los robaban; mas después de entrados en sus casas, ellos mismos nos ofrecían cuanto tenían, y las casas con ello; nosotros las dábamos a los principales, para que entre ellos las partiesen, y siempre los que quedaban despojados nos seguían, de donde crecía mucha gente para satisfacerse de su pérdida; y decíanles que se guardasen y no escondiesen cosa alguna de cuantas tenían, porque no podía ser sin que

nosotros lo supiésemos, y haríamos luego que todos muriesen, porque el Sol nos lo decía.

Tan grandes eran los temores que les ponían, que los primeros días que con nosotros estaban, nunca estaban sino temblando y sin osar hablar ni alzar los ojos al cielo. Estos nos guiaron por más de cincuenta leguas de despoblado de muy ásperas sierras, y por ser tan secas no había caza en ellas, y por esto pasamos mucha hambre, y al cabo un río muy grande, que el agua nos daba hasta los pechos; y desde aquí nos comenzó mucha de la gente que traíamos a adolecer de la mucha hambre y trabajo que por aquellas sierras habían pasado, que por extremo eran agrias y trabajosas.

Estos mismos nos llevaron a unos llanos al cabo de las sierras, donde venían a recibirnos de muy lejos de allí, y nos recibieron como los pasados, y dieron tanta hacienda a los que con nosotros venían que por no poderla llevar dejaron la mitad; y dijimos a los indios que lo habían dado que lo tornasen a tomar y lo llevasen, porque no

quedase allí perdido, y respondieron que en ninguna manera lo harían, porque no era su costumbre, después de haber una vez ofrescido, tornarlo a tomar; y así, no lo teniendo en nada, lo dejaron todo perder.

A éstos dijimos que queríamos ir a la puesta del Sol, y ellos respondiéronnos que por allí estaba la gente muy lejos, y nosotros les mandábamos que enviasen a hacerles saber cómo nosotros íbamos allá, y de esto se excusaron lo mejor que ellos podían, porque ellos eran sus enemigos, y no querían que fuésemos a ellos; mas no osaron hacer otra cosa; y así, enviaron dos mujeres, una suya, y otra que de ellos tenían captiva; y enviaron estas porque las mujeres pueden contratar aunque haya guerra; y nosotros las seguimos, y paramos en un lugar donde estaba concertado que las esperásemos; mas ellas tardaron cinco días; y los indios decían que no debían de hallar gente.

Dijímosles que nos llevasen hacia el norte; respondieron de la misma manera diciendo que por allí no había gente sino muy lejos, y que no ha-

bía qué comer ni se hallaba agua; y con todo esto, nosotros porfiamos y dijimos que por allí queríamos ir, y ellos todavía se excusaban de la mejor manera que podían, y por esto nos enojamos, y yo me salí una noche a dormir en el campo, apartado de ellos, mas luego fueron donde yo estaba, y toda la noche estuvieron sin dormir y con mucho miedo y hablándome y diciéndome cuán atemorizados estaban, rogándonos que no estuviésemos más enojados y por que su miedo no se quitase, sucedió una cosa extraña, y fué que este día mismo adolescieron muchos de ellos, y otro día siguiente murieron ocho hombres.

Por toda la tierra donde esto se supo hobieron tanto miedo de nosotros, que parecía en vernos que de temor habían de morir. Rogarónnos que no estuviéramos enojados, ni quisiéramos que más de ellos muriesen.

Rogamos a Dios nuestro Señor que lo remediasse; y así comenzaron a sanar todos aquellos que habían enfermado, y vimos una cosa que fué de grande admiración: que los padres y hermanos

y mujeres de los que murieron, de verlos en aquel estado tenían gran pena; y después de muertos ningún sentimiento hicieron, ni los vimos llorar, ni hablar unos con otros, ni hacer otra ninguna muestra, ni osaban llegar a ellos, hasta que nosotros los mandábamos llevar a enterrar, y mas de quince días que con ellos estuvimos, a ninguno vimos hablar con otro, ni los vimos reir ni llorar a ninguna criatura; antes, porque una lloró, la llevaron muy lejos de allí, y con unos dientes de ratón agudos la sajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas. E yo, viendo esta crueldad y enojado de ello, les pregunté por qué lo hacían, y respondiéronme que para castigarla porque había llorado delante de mí.

Todos estos temores que ellos tenían ponían a todos los otros que nuevamente venían a conocer, a fin que nos diesen todo cuanto tenían, porque sabían que nosotros no tomábamos nada y lo habíamos de dar todo a ellos. Esta fué la mas obediente gente que hallamos por esta tierra, y

de mejor condición; y comúnmente son muy dispuestos.

Convalecidos los dolientes, y ya que había tres días que estábamos allí, llegaron las mujeres que habíamos enviado, diciendo que habían hallado muy poca gente, y que todos habían ido a las vacas, que era en tiempo de ellas; y mandamos a los que habían estado enfermos que se quedasen, y los que estuviesen buenos fuesen con nosotros, y que dos jornadas de allí, aquellas mismas dos mujeres irían con dos de nosotros a sacar gente y traerla al camino para que nos recibiesen. Con esto, otro día de mañana, todos los que más recios estaban partieron con nosotros, y a tres jornadas paramos, y el siguiente día partió Alonso del Castillo con Estebanico el negro, llevando por guía las dos mujeres; y la que de ellas era captiva los llevó a un río que corría entre unas sierras donde estaba un pueblo en que su padre vivía, y éstas fueron las primeras casas que vimos que tuviesen parecer y manera de ello.

Aquí llegaron Castillo y Estebanico; y después

de haber hablado con los indios, a cabo de tres días vino Castillo adonde nos había dejado, y trajo cinco o seis de aquellos indios, y dijo cómo había hallado casas de gente de asiento, y que aquella gente comía frísoles y calabazas, y que había visto maíz. Esa fué la cosa del mundo que mas nos alegró, y por ello dimos infinitas gracias a Nuestro Señor; y dijo que el negro venía con toda la gente de las casas a esperar al camino, cerca de allí y por esta causa partimos; y andada legua y media, topamos con el negro y la gente que venían a recibirnos, y nos dieron frísoles y muchas calabazas para comer y para traer agua, y mantas de vacas, y otras cosas.

Y como estas gentes y las que con nosotros venían eran enemigos y no se entendían, partímonos de los primeros, dándoles lo que nos habían dado. Y fuímonos con éstos; y a seis leguas de allí, ya que venía la noche, llegamos a sus casas, donde hicieron muchas fiestas con nosotros.

Aquí estuvimos un día, y el siguiente nos partimos, y llevámoslos con nosotros a otras casas

de asiento, donde comían lo mismo que ellos; y de ahí adelante hobo otro nuevo uso: que los que sabían de nuestra ida no salían a recibirnos a los caminos, como los otros hacían; antes los hallábamos en sus casas, y tenían hechas otras para nosotros, y estaban todos asentados, y todos tenían vueltas las caras hacia la pared y las cabezas bajas y los cabellos puestos delante de los ojos, y su hacienda puesta en montón en medio de la casa; y de aquí adelante comenzaron a darnos muchas mantas de cuero, y no tenían cosa que no nos diesen.

Es la gente de mejores cuerpos que vimos, y de mayor viveza y habilidad y que mejor nos entendían y respondían en lo que preguntábamos; y llamámoslos de las Vacas, porque la mayor parte que de ellas mueren es cerca de allí; y porque aquel río arriba más de cincuenta leguas, van matando muchas de ellas. Esta gente andan del todo desnudos, a la manera de los primeros que hallamos. Las mujeres andan cubiertas con unos cueros de venado, y algunos pocos de hom-

bres, señaladamente los que son viejos, que no sirven para la guerra.

Es tierra muy poblada. Preguntámosles cómo no sembraban maíz; respondiéronnos que lo hacían por no perder lo que sembrasen, porque dos años arreo les habían faltado las aguas; y había sido el tiempo tan seco, que a todos les habían perdido los maíces los topos, y que no osarían tornar a sembrar sin que primero hobiese llovido mucho; y rogábannos que dijésemos al cielo que lloviese y se lo rogásemos, y nosotros se lo prometimos de hacerlo así.

También nosotros quisimos saber de dónde habían traído aquel maíz y ellos nos dijeron que de donde el Sol se ponía, y que lo había por toda aquella tierra; mas que lo más cerca de allí era por aquel camino. Preguntámosle por dónde iríamos bien, y que nos informasen del camino, porque no querían ir allá; dijéronnos que el camino era por aquel río arriba hacia el norte, y que en diez y siete jornadas no hallaríamos otra cosa ninguna que comer, sino una fruta que lla-

man chacán, y que la machucan entre unas piedras, y a veces después de hecha esta diligencia no se puede comer, de áspera y seca; y así era la verdad, porque allí nos lo mostraron y no lo pudimos comer. Dijéronnos también que entretanto que nosotros fuésemos por el río arriba, iríamos siempre por gente que eran sus enemigos y hablaban su misma lengua, y que no tenían que darnos cosa a comer; mas que nos recibirían de muy buena voluntad, y que nos darían muchas mantas de algodón y cueros y otras cosas de las que ellos tenían; mas que todavía les parecía que en ninguna manera no debíamos tomar aquel camino.

Dudando lo que haríamos, y cuál camino tomaríamos que más a nuestro propósito y provecho fuese, nosotros nos detuvimos con ellos dos días. Dábannos a comer frísoles y calabazas, la manera de cocerlas es tan nueva, que por ser tal, yo la quise aquí poner, para que se vea y se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios y industrias de los hombres humanos.

Ellos no alcanzan ollas, y para cocer lo que ellos quieren comer, hinchán media calabaza grande de agua, y en el fuego echan muchas piedras de las que más fácilmente ellos pueden encender, y toman el fuego; y cuando ven que están ardiendo tómanlas con unas tenazas de palo y échanlas en aquella agua que está en la calabaza, hasta que la hacen hervir con el fuego que las piedras llevan; y cuando ven que el agua hierve, echan en ella lo que han de cocer, y en todo este tiempo no hacen sino sacar unas piedras y echar otras ardiendo para que el agua hierva para cocer lo que quieren, y así lo cuecen”.

Como se ve, las penalidades y el peligro y la aventura son tan grandes y continuados, que llegan a parecer monotonía. Una monotonía en fuerza de ser culminantes todos los episodios. Cabeza de Vaca y los suyos pudieron rendirse ante la perspectiva de un camino cuyo límite no aparece nunca y detenerse con los indios que mejor trato les mostrasen y más poblado y recursos tuvieran, y hasta quedar establecidos con ellos y aguardar tiempos y circunstancias más favorables. Mas, por el contrario, prefieren nuevas jornadas y hambres

y no dejar nunca de proseguir. Proseguir es el lema de sus almas fuertes y sus cuerpos quebrantados. Proseguir es la llama de la fe de los hombres valerosos.

Tres orientaciones tienen en su andar incesante. El camino del maíz, porque es seguro que a medida que va habiendo mayores muestras de su cultivo, se va aproximando la civilización; el camino de "las vacas" porque, al decir de los indígenas, marca el acercamiento a terrenos más poblados en los que más fácilmente pueden haberse establecido colonizadores europeos. Y el camino que les marca el sol, brújula y guía magnífico y poderoso de todos los caminantes a través de las tierras y los tiempos.

La última gente del país que ahora encuentran tiene algún mejor viso de costumbres civilizadas. Construyen casas de barro, y las mujeres se cubren con camisones de algodón y se calzan con sandalias de cuero. Recoge Alvar Núñez dos esmeraldas — signo de riqueza muy importante para su informe, si alguna vez lo ha de hacer —, pasa por otras vicisitudes y vuelve a dar en una comarca muy atrasada.

“DE CÓMO NOS DIERON LOS CORAZONES DE LOS VENADOS:

En el pueblo donde nos dieron las esmeraldas dieron a Dorantes más de seiscientos corazones de venado, abiertos, de que ellos tienen siempre mucha abundancia para su mantenimiento, y por esto le pusimos nombre el pueblo de los Corazones, y por él es la entrada para muchas provincias que están a la mar del Sur; y si los que la fueren a buscar por aquí no entraren, se perderán, porque la costa no tiene maíz, y comen polvo de bledo y de paja y de pescado, que toman en la mar con balsas, porque no alcanzan canoas.

Es gente muy apocada y triste. Creemos que cerca de la costa, por la vía de aquellos pue-

blos que nosotros trujimos, hay más de mil leguas de tierra poblada, y tienen mucho mantenimiento, porque siembran tres veces en el año frísoles y maíz.

Hay tres maneras de venados: los de la una de ellas son tamaños como novillos de Castilla, hay casas de asiento, que llaman buíos, y tienen hierba, y esto es de unos árboles al tamaño de manzanos, y no es menester más de coger la fruta, y untar la flecha con ella; y si no tienen fruta, quiebran una rama, y con la leche que tienen hacen lo mismo. Hay muchos de estos árboles que son tan ponzoñosos, que si mojan las hojas de él y las lavan en alguna agua allegada, todos los venados y cualesquiera otros animales que de ella beben revientan luego.

En este pueblo estuvimos tres días, y a una jornada de allí estaba otro en el cual nos tomaron tantas aguas, que porque un río creció mucho no lo podimos pasar, y nos detuvimos allí quince días.

En este tiempo, Castillo vió al cuello de un

indio una hebilleta de talabarte de espada, y en ella cosido un clavo de herrar; tomósela y preguntámosle qué cosa era aquella, y dijéronnos que habían venido del cielo. Preguntámosle más: que quién la había traído de allá, y respondieron que unos hombres que traían barbas como nosotros, que habían venido del cielo y llegado a aquel río, y que traían caballos y lanzas y espadas, y que habían alanceado dos de ellos; y lo más disimuladamente que pudimos preguntamos qué se habían hecho aquellos hombres, respondiéronnos que se habían ido a la mar, y que metieron sus lanzas por debajo del agua, y que ellos se habían también metido por debajo, y que después los vieron ir por cima hacia puesta del sol.

Nosotros dimos muchas gracias a Dios Nuestro Señor por aquello que oímos, porque estábamos desconfiados de saber nuevas de cristianos, y, por otra parte, nos vimos en gran confusión y tristeza, creyendo que aquella gente no sería sino algunos que habían venido por la mar a

descubrir; mas por fin, como tuvimos tan cierta nueva de ellos, dímonos más priesa a nuestro camino, y siempre hallábamos más nueva de cristianos, y nosotros les decíamos que los íbamos a buscar para decirles que no los matasen ni tomasen por esclavos, ni los sacasen de sus tierras, ni les hiciesen otro mal ninguno, y de esto ellos holgaban mucho.

Anduvimos mucha tierra, y toda la hallamos despoblada, porque los moradores de ella andaban huyendo por las sierras, sin osar tener casas ni labrar, por miedo de los cristianos. Fué cosa de que tuvimos muy gran lástima, viendo la tierra, muy fértil y muy hermosa, y muy llena de aguas y de ríos, y ver los lugares despoblados y quemados, y la gente tan flaca y enferma, huída y escondida toda; y como no sembraban, con tanta hambre, se mantenían con cortezas de árboles y raíces.

De esta hambre a nosotros alcanzaba parte en todo este camino, porque mal nos podían ellos proveer estando tan desventurados, que parecía

que se querían morir. Trujéronnos mantas de las que habían escondido por los cristianos, y diéronnoslas, y aun contáronnos cómo otras veces habían entrado los cristianos por la tierra, y habían destruído y quemado los pueblos, y llevado la mitad de los hombres y todas las mujeres y muchachos, y que los que de sus manos se habían podido escapar andaban huyendo. Como los vimos tan atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querían ni podían sembrar ni labrar tierra, antes estaban determinados de dejarse morir, y que esto tenían por mejor que esperar a ser tratados con tanta crueldad como hasta allí. Mostraban grandísimo placer con nosotros, aunque temimos que, llegados a los que tenían la frontera con los cristianos y guerra con ellos, nos habían de maltratar y hacer que pagásemos lo que los cristianos contra ellos hacían. Mas como Dios Nuestro Señor fué servido de traernos junto a ellos, comenzáronnos a temer y acatar como los pasados y aun algo más, de que no quedamos poco maravillados; por donde cla-

ramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídas a ser cristianas y a obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que éste es camino muy cierto y otro no.

Después que vimos rastro de cristianos y entendimos que estábamos cerca de ellos, dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por querernos sacar de tan triste y miserable cautiverio; y el placer que de esto sentimos júzguelo cada uno cuando pensare el tiempo que en aquella tierra estuvimos y los peligros y trabajos por que pasamos. Aquella noche yo rogué a uno de mis compañeros que fuese tras los cristianos, que iban por donde nosotros dejábamos la tierra asegurada, y había tres días de camino. A ellos se les hizo de mal esto, excusándose por el trabajo y el cansancio; y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que yo, por ser más recios y más mozos; mas vista su voluntad, otro día por la mañana tomé conmigo al negro y once indios, y por el rastro que hallaba siguiendo a

los cristianos pasé por tres lugares donde habían dormido. Este día anduve diez leguas, y otro día de mañana alcancé cuatro cristianos de caballo que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Yo les dije que me llevaran a donde estaba su capitán, y, así, fuimos media legua de allí, donde estaba Diego de Alcaraz, que era el capitán; yo le dije cómo atrás quedaban Dorantes y Castillo, que estaban diez leguas de allí con muchas gentes que nos habían traído. Él envió luego tres de caballo y cincuenta indios de los que ellos traían, y yo me quedé allí, y pedí que me diesen por testimonio el año y el mes y el día que allí había llegado, y la manera en que venía, y así lo hicieron. De este río hasta el pueblo de los cristianos, que se llama San Miguel, que es de la gobernación de Nueva Galicia, hay treinta leguas”.

Este Alcaraz en vez de usar de todo celo y sinceridad para con Cabeza de Vaca, tuvo con él enseguida una profunda diferencia, a causa de los indios y del trato a los indios. Todos los que se-

guían en masa al explorador jerezano echaban de ver y comentaban el contraste entre la conducta de unos hombres que procuraban curar a los enfermos y no mostraban codicia de nada; y la de las gentes de Alcaraz que les saqueaban los poblados, les maltrataban y les reducían a esclavitud. Aparece el lema y piedra de disgusto de Cabeza de Vaca con muchos de sus compatriotas, en lo sucesivo: la suavidad y humanidad y persuasión de trato a los indígenas. A estos indios de estas tierras les exhorta a que retornen a sus casas y a sus sembrados, con la promesa de no soliviantarlos ni saquearles las viviendas. Alcaraz se da cuenta de que los indios obedecen con veneración y respeto a los españoles recién llegados, y para encaminarles a la ciudad colonizada más próxima, les pierde por caminos extraviados para que no tengan contacto con los indígenas, y cae con sus armas sobre los mismos a quienes Alvar Núñez ha persuadido de volver a aposentarse.

Ello no evita que lleguen los caminantes a la primera población gobernada por españoles, donde aconteció lo que sigue:

“DE CÓMO EL ALCALDE MAYOR
NOS RESCEBIÓ BIEN LA NOCHE QUE
LLEGAMOS:

Como el alcalde mayor fué avisado de nuestra salida y venida, luego aquella noche partió y vino adonde nosotros estábamos, y lloró mucho con nosotros, dando loores a Dios Nuestro Señor por haber usado de tanta misericordia con nosotros, y nos habló y trató muy bien; y de parte del gobernador Nuño de Guzmán y suya nos ofresció todo lo que tenía y podía; y mostró mucho sentimiento de la mala acogida y tratamiento que en Alcaraz y los otros habíamos hallado, y tuvimos por cierto que si él se hallara allí se excusara lo que con nosotros y con los indios se

hizo; y pasada aquella noche, otro día nos partimos, y el alcalde mayor nos rogó mucho que nos detuviésemos allí, y que en esto haríamos muy gran servicio a Dios y a Vuestra Majestad, porque la tierra estaba despoblada, sin labrarse, y toda muy destruída. Los indios andaban escondidos y huídos por los montes, sin querer venir a hacer asiento en sus pueblos, y que los enviásemos a llamar y les mandásemos de parte de Dios y de Vuestra Majestad que viniesen y poblasen en lo llano y labrasen la tierra. A nosotros nos pareció esto muy dificultoso de poner en efecto, porque no traíamos indio ninguno de los nuestros ni de los que nos solían acompañar y entender en estas cosas. En fin, aventuramos a esto dos indios de los que traían allí captivos, que eran de los mismos de la tierra. Éstos se habían hallado con los cristianos; cuando primero llegamos a ellos y vieron la gente que nos acompañaba, y supieron de ellos la mucha autoridad y dominio que por todas aquellas tierras habíamos traído y tenido y las maravillas que habíamos

hecho, y los enfermos que habíamos curado, y otras muchas cosas. Y con estos indios mandamos a otros del pueblo, que juntamente fuesen y llamasen los indios que estaban por las sierras alzados, y los del río de Petaan, donde habíamos hallado a los cristianos, y que les dijese que viniesen a nosotros, porque les queríamos hablar; y para que fuesen seguros y los otros viniesen, les dimos un calabazo de los que nosotros traíamos en las manos (que era nuestra principal insignia y muestra de gran estado). Con éste ellos fueron y anduvieron por allí siete días, y al fin de ellos vinieron y trujieron consigo tres señores de los que estaban alzados por las sierras, que traían quince hombres, y nos trujeron cuentas y turquesas y plumas, y los mensajeros nos dijeron que no habían hallado a los naturales del río donde habíamos salido, porque los cristianos los habían hecho otra vez huir a los montes. El Melchior Díaz dijo a la lengua que de nuestra parte les hablase a aquellos indios y les dijese como venía de parte de Dios, que está en el cielo,

y que habíamos andado por el mundo muchos años, diciendo a toda la gente que habíamos hallado que creyesen en Dios y lo sirviesen, porque era señor de todas cuantas cosas había en el mundo, y que él daba galardón y pagaba a los buenos, y pena perpetua de fuego a los malos; y que cuando los buenos morían, los llevaba al cielo, donde nunca nadie moría, ni tenían hambre, ni frío, ni sed, ni otra necesidad ninguna sino la mayor gloria que se podría pensar, y que los que no le querían creer ni obedecer sus mandamientos, los echaba debajo la tierra en compañía de los demonios y en gran fuego, el cual nunca se había de acabar, sino atormentarlos para siempre; y que allende de esto, si ellos quisiesen ser cristianos y servir a Dios de la manera que les mandásemos, que los cristianos tenían por hermanos y los tratarían muy bien, y nosotros les mandaríamos que no les hiciesen ningún enojo ni los sacasen de sus tierras, sino que fuesen grandes amigos suyos; mas que si esto no quisiesen hacer,

los cristianos los tratarían muy mal y se los llevarían por esclavos a otras tierras.

A esto respondieron a la lengua que ellos serían muy buenos cristianos y servirían a Dios; y preguntados en qué adoraban y sacrificaban, y a quién pedían el agua para sus maizales y la salud para ellos, respondieron que a un hombre que estaba en el cielo. Preguntámosles cómo se llamaba, y dijeron que Aguar, y que creían que él había criado todo el mundo y las cosas de él. Tornámosles a preguntar cómo sabían esto y respondieron que sus padres y abuelos se lo habían dicho, que de muchos tiempos tenían noticia de ésto, y sabían que el agua y todas las buenas cosas las enviaba aquél.

Nosotros les dijimos que aquel que ellos decían, nosotros lo llamábamos Dios, y que así lo llamasen ellos, y lo sirviesen y adorasen como mandábamos, y ellos se hallarían muy bien de ello. Respondieron que todo lo tenían muy bien entendido y que así lo harían; y mandámosles que bajasen de las sierras, y viniesen seguros y en paz,



Y preguntados en qué adoraban y sacrificaban, y a quien pedían el agua para sus maizales y la salud para ellos, respondieron que a un hombre que estaba en los cielos.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

y poblasen toda la tierra, y hiciesen sus casas, y que entre ellas hiciesen una para Dios y pusiesen a la entrada una cruz como la que allí teníamos, y que cuando viniesen allí los cristianos, los saliesen a recibir con las cruces en las manos, sin los arcos y sin armas, y los llevasen a sus casas, y los diesen de comer de lo que tenían, y por esta manera no les harían mal, antes serían sus amigos. Ellos dijeron que así lo harían como nosotros lo mandábamos; y el capitán les dió mantas y los trató muy bien, y, así, se volvieron, llevando los dos que estaban captivos y habían ido por mensajeros. Esto pasó en presencia del escribano que allí tenían y otros muchos testigos”.

“DDE LO QUE ACONTESCIÓ CUAN-
DO ME QUISE VENIR:

Después que descansamos en Méjico dos meses, yo me quise venir en estos reinos, y yendo a embarcar en el mes de octubre, vino una tormenta que dió con el navío al través y se perdió, y, visto esto, acordé de dejar pasar el invierno, porque en aquellas partes es muy recio tiempo para navegar en él; y después de pasado el invierno, por Cuaresma, nos partimos de Méjico Andrés Dorantes y yo para la Veracruz, para nos embarcar, y allí estuvimos esperando tiempo hasta Domingo de Ramos, que nos embarcamos. Estuvimos embarcados más de quince días por falta de tiempo, y el navío en que estábamos hacía mucha agua.

Yo me salí dél y me pasé a otro de los que estaban para venir, y Dorantes se quedó en aquél; y a 10 días del mes de abril partimos del puerto tres navíos, y navegamos juntos ciento y cincuenta leguas, y por el camino los dos navíos hacían mucha agua, y una noche nos perdimos de su conserva, porque los pilotos y maestros, según después pareció, no osaron pasar adelante con sus navíos y volvieron otra vez al puerto do habían partido, sin darnos cuenta de ello ni saber más de ellos, y nosotros seguimos nuestro viaje. A 4 días de mayo llegamos al puerto de La Habana, que es en la isla de Cuba, adonde estuvimos esperando los otros dos navíos, creyendo que vernían hasta 2 días de junio, que partimos de allí con mucho temor de topar con franceses, que había pocos días que habían tomado allí tres navíos nuestros; y llegados sobre la isla de la Bermuda, nos tomó una tormenta, que suele tomar a todos los que por allí pasan, la cual es conforme a la gente que dicen que en ella anda, y toda una noche nos tuvimos por perdidos,

y plugo a Dios que, venida la mañana, cesó la tormenta y seguimos nuestro camino.

Al cabo de veinte y nueve días que partimos de La Habana habíamos andado mil y cien leguas, y llegado al puerto que dicen del Cuervo, dimos con un navío de franceses a hora de mediodía; nos comenzó a seguir con una carabela que traía tomada de portugueses. Nos dieron caza, y aquella tarde vimos otras nueve velas, y estaban tan lejos, que no podimos conocer si eran portuguesas o de aquellos mismos que nos seguían, y cuando anocheció estaba el francés a tiro de bombardas de nuestro navío; y desde que fué oscuro, hurtamos la derrota por desviarnos de él; y como iban tan juntos de nosotros, nos vió y tiró la vía de nosotros, y esto hecimos tres o cuatro veces, y él nos pudiera tomar si quisiera, sino que lo dejaba para la mañana.

Plugo a Dios que cuando amaneció nos hallamos el francés y nosotros juntos, y cercados de las nueve velas que he dicho que a la tarde habíamos visto, las cuales conocíamos ser de la

armada de Portugal; y el francés como conoció ser de la armada de Portugal, soltó la carabela que traía tomada, que venía cargada de negros; y metió sesenta remos en su navío, y así, a remo y a vela, se comenzó a ir, y andaba tanto que no se puede creer”.

Cuenta brevemente Cabeza de Vaca las dudas del capitán Portugués Diego de Silveira, hasta que se convence de que no es la de aquél nave francesa, ni corsaria, sino española y amiga. Muy cerca anduvieron las cosas de que los portugueses se lanzasen sobre ella y la atacasen con la artillería, lo cual evidencia una vez más que el destino del colonizador andaluz cuyo primer viaje fabuloso toca a su fin, era de afrontar el peligro y el trance de muerte en cada una de sus jornadas. Pero él no altera nunca el tono simple y escueto de la narración, como quien habla de los trabajos diarios y corrientes en una profesión o en un oficio.

Las naves portuguesas persiguen a velas henchidas al pirata francés y no consiguen ponerle a tiro de sus bombardas.

El navío español cargado opulentamente de oro y plata de las Indias, lleno de metal de la tierra riquísima arrancado con sangre de las aventuras épicas, atalaya por fin la costa peninsular de Ibe-

ria, que es como una gran quilla avanzada del viejo continente. Álbar Núñez acaba sencillamente su relato:

“... y llegamos al puerto de Lisbona (*) 9 de agosto, víspera del señor San Laurencio, año de 1537.

Y porque es así la verdad, como arriba en esta relación digo, lo firmé de mi nombre, CABEZA DE VACA”.

La hazaña impresionante ha terminado. Viene al pecho un suspiro hondo como si hubiéramos depositado nosotros al héroe con vida en la playa de regreso. Salta en la tierra que le vió marchar, como una coraza milagrosa, resistente a los embates del mar, a los testarazos de la tormenta, a las flechas furiosas, a los colmillos de las calamidades.

Pero no es un despojo sino un hombre entero que viene a dar cuenta a la corona de cómo ha procurado cumplir con su deber.

(*) Lisboa.

EL CONTINENTE NORTEAMERICANO

LA marcha de Cabeza de Vaca a través del continente norteamericano hay que calcularla en diez mil millas, en un andar que duró más de nueve años. Es de hecho el primer explorador de este continente y quien cruzó antes su tierra que cualquier otro. Ningún hombre blanco había rebasado, hacia el norte, la mitad del territorio de Méjico.

No es exacta la identificación geográfica actual del viaje del gran explorador. Todos los estudios indican que el río formidable a que tanto se refiere, el que dispersa las embarcaciones improvisadas por sus hombres, era el río Misisipí. La bahía contra la cual fueron arrojados después, la bahía de Matagorda. El terreno al cual pasa al cabo de los seis años de estancia con los indios Masianes, la costa de Tejas. Luego, con los indios que le iban entregando de unas a otras tribus,

llega al Colorado, y a continuación sigue a lo largo del Río Grande. El sitio donde encuentra a los cristianos, al fin, es la orilla del río Petatlán, en Sinaloa.

Atravesó, entre otras regiones, trasladando los itinerarios a la geografía de hoy, la parte meridional de Tejas y los Estados Mejicanos de Chihuahua y Sonora.

Las vacas de cuernos pequeños y grandes lanas en rebaños salvajes, de que habla, son las manadas de bisontes de las praderas. Los indios que tan claramente describe, de grande agilidad y destreza y admirable musculatura, que bailan en torno al fuego y van empenachados de plumas, los pieles rojas que luego llenarán un capítulo heroico de las praderas norteamericanas, en la colonización de los sajones.

Como siempre ocurre, la noticia de la expedición fué acicate para nuevas exploraciones de descubrimiento. De inmediato, el gobernador de Nueva Galicia organizó una marcha, en la que el negro Esteban sirvió de guía y que pudo llegar hasta un reino indígena, más próspero que los conocidos, llamado de Cibola.

Es Álvar Núñez la figura primera y máxima en la colonización Norteamericana.

EL GOBIERNO DEL RÍO DE LA PLATA Y LA AMISTAD DE LOS GUARANÍES

NI estamos en el secreto de las combinaciones o circunstancias que determinaban los cargos entonces en América, ni sabemos por qué Cabeza de Vaca, de regresar al continente nuevo, no lo hacía con un cargo en la tierra que tan prácticamente y dolorosamente había descubierto. Lo cierto es que obtuvo el nombramiento de adelantado en el Río de la Plata, en lo más lejano y más distinto de aquel país de los pieles rojas.

Embarcó para donde ordenaba Su Majestad, y haciendo honor otra vez a su condición de autor de "Los Naufragios" una tormenta arrojó la expedición violentamente sobre las costas del Brasil. La expedición se componía de cuatrocientos hombres y cuarenta y seis caballos.

Desde Santa Catalina, en la costa brasileña, el nuevo adelantado dió orden de caminar por tierra, sin perder jornada, y llegó a la Asunción en

11 de marzo de 1542, después de más de medio año de caminar. Muchos de sus hombres se asombraron y protestaron de que se emprendiera una marcha así, pero nosotros sabemos el episodio leve que significaba tal camino para un andarín como el descubridor del Misisipí y el Río Grande.

Se establece éste en Asunción, y una vez hecho un estudio rápido del país, su primer cuidado es granjearse la amistad de los indígenas más numerosos y de mejor disposición personal, que son en aquella tierra los guaraníes.

Los guaraníes componían una raza muy numerosa extendida por lo que hoy constituye el Brasil, el Paraguay, el Uruguay, las Guayanas, parte de las provincias argentinas de Entre Ríos y Corrientes, y algo de Bolivia. Estaban bien dotados físicamente, eran muy hospitalarios, practicaban la poligamia, y se sabe de ellos como detalle curioso y significativo que no tenían en su léxico la palabra "gratitud" porque consideraban que el ayudarse unos a otros era tan natural que no merecía calificación.

Álvar Núñez se atrajo de tal modo el ánimo de los guaraníes con sus pláticas y su proceder, que parecía, al poco, el jefe natural de todos ellos. Y ellos son los que le guían por costas y bosques y selvas imponentes hasta el Plata, porque el gusto de Álvar Núñez es explorar y conocer y estudiar las tierras que se han confiado a su gobernación.

Domingo de Irala, cuyo poder no tiene limitaciones sobre todas estas provincias, se convierte en el enemigo implacable del nuevo adelantado. En principio, porque los mandatos reales le obligan a someterse a su cargo, y después porque los caracteres de los dos gobernadores españoles pugnan sin posible coincidencia. Álvar Núñez es el colonizador por vocación, estudioso, amante de civilizar y no explotar a los indígenas, valeroso y clemente al propio tiempo. Irala es el conquistador duro, atento a la intriga, ambicioso de mando, lleno de desdén para el aborígen.

Durante el tiempo que duró su mandato, realizó el primero empresas guerreras y empresas de alta exploración. Organizó la lucha contra los guaicurúes, gente de hostilidad constante, insensible a toda norma de amistad, y enemiga encarnizada de los guaraníes. Con quinientos españoles y dos mil guaraníes les da la batalla en las selvas intrincadas en que se ocultan y los derrotan definitivamente. Dirige luego otra expedición contra los agaces y somete a los pavagones, raza indígena que se tenía por indomable, y cuyos hombres asesinaron — o mataron en guerra — al adelantado Juan de Avolas con ochenta españoles en las riberas del Pillco-Mayu. En una de las acciones más duras contra los socorinis y los agaces es derrotado momentáneamente y sufre la pérdida de sesenta y tres de sus hombres. Pero

nunca pierde la amistad de la confederación de tribus más poderosas: los guaraníes, muchas de cuyas costumbres y hasta instituciones, si bien se hallaban dentro del primitivismo, no se hallaban dentro de la barbarie.

Sus exploraciones son importantísimas y numerosas. Exploró gran parte de la selva brasileña, que se tiene por la más impenetrable del continente, poblada de boas que ahogaban a los búfalos y de animales ponzoñosos y feroces; remontó el río Iguazú; recorrió detenidamente el Chaco argentino; y fué el héroe del gran intento del camino del Perú.

Esta odisea es comparable a ciertos capítulos de sus jornadas por la América del Norte. Durante largos meses con cuatrocientos españoles y mil doscientos guaraníes, sus grandes amigos, atraviesa con el tesón que en él conocemos bosques intactos de la planta del hombre, esteros inacabables, ríos y torrentes. . .

Pero los hombres que le siguen no están ni con mucho a su altura. Siempre hubo hombres y hombres, y éstos llega el momento en que se niegan a correr más peligros y con aire amotinado deciden no continuar a despecho de lo que el jefe quiera ordenar. La influencia perturbadora e insidiosa de Irala está presente en estos hechos. El gran jerezano tiene que inclinar su noble altivez y desistir. Desistir en los hombres de su temple es el verbo más doloroso.

LA INJUSTICIA, EL DESTIERRO Y LA REHABILITACIÓN

MALOS vientos corrían para el gran colonizador. Se le acusaba de múltiples descuidos y hasta de otras cosas peores, y también, con gran insistencia, de blandura para con los indios en beneficio de sus crueldades de salvajes, y en daño de la colonización española. En este punto, sucedía que el adelantado conllevaba la política humana y justa que corresponde a un colonizador que se aparta diametralmente del aventurerismo.

Particularmente para con los guaraníes, tenía motivos de agradecimiento por su fidelidad desde aquellas jornadas penosas en que se pusieron espontáneamente a su servicio durante toda la ruta por las selvas y los ríos del Chaco, viniendo del Paraguay.

Un malhadado incendio de grandes proporciones que se atribuyó a los indios, o que acaso algunos de los indios provocaran, vino a colmar la

medida en los planes de los enemigos del gobernador. Éste, con la serenidad de su justicia, estimó que era necesario probar la culpabilidad de los indios, y en todo caso, que unos indígenas hubiesen cometido una mala acción no justificaría una represalia cruel contra todos los de su casta.

El motín de los enemigos españoles sublevados tuvo mayores proporciones que el incendio, y Cabeza de Vaca, que logró sofocarlo por el pronto, tuvo la entereza, que nunca le faltaba, de arrestar a todos los influyentes en el desorden y enviarlos con cadenas a la justicia de España.

Pronto la sublevación atizada por su enemigo implacable, Domingo Martínez de Irala, tuvo más envergadura. El 25 de abril de 1554, fué sorprendido el gran servidor de su patria cuando estaba entregado al sueño y reducido a prisión. Después de un año encerrado en un calabozo infecto, con lobreguez e indignidad de mazmorra, se le envió a España cargado de grillos y de responsabilidades diluídas en los recovecos de un proceso legal.

Este proceso fué fallado por el Consejo de Indias en sentido condenatorio para Cabeza de Vaca, a quien se desterró a las posesiones del África del Norte.

Allí permanece durante ocho años, siempre con fe tenaz en que su causa ha de ser revisada y proclamada la razón indudable de su inocencia.

Ocurrió, por fin, aunque tardíamente, de este modo. Con todos los honores se reivindicaron su nombre y sus servicios, y una vez vuelto a España, encanecido en los sufrimientos y también en las satisfacciones íntimas de sus triunfos formidables, se le nombró Juez del Tribunal Supremo de Sevilla en cuyo cargo vivió hasta la muerte.

Sus títulos son: descubridor y colonizador justiciero. Sus grandes cualidades: la fortaleza, la tenacidad y el estudio. Su lema: adelante. Sus palabras prohibidas: retroceder y desistir.



INDICE

	Pág.
UN AMBIENTE PROPICIO Y UN ÁNIMO ESFORZADO	5
LA NARRACIÓN DE "LOS NAUFRAGIOS" ..	11
<i>En que se cuenta cuándo partió la armada y los ofi- ciales y gentes que en ella iban</i>	13
<i>Cómo dejó los navíos el Gobernador</i>	22
<i>Cómo llegamos a Apalache</i>	32
<i>De la refriega que nos dieron los indios</i>	40
<i>Cómo supimos de otros cristianos</i>	51
<i>De lo que nos acaesció en la isla del mal hado</i>	55
<i>Cómo se partieron los cristianos de la isla del mal hado</i>	61
<i>De la relación que dió de Esquivel</i>	69
<i>De cómo curamos aquí unos dolientes</i>	73
<i>Cómo nos partimos después de haber comido los perros</i>	78
<i>De las costumbres de los indios de aquella tierra</i>	81
<i>De cómo nos mudamos y fuimos bien rescebidos</i>	89

	Pág.
<i>De cómo se mudó la costumbre de recibirnos</i>	96
<i>De cómo nos dieron los corazones de los venados</i> ..	108
<i>De cómo el Alcalde Mayor nos recibió bien la noche que llegamos</i>	116
<i>De lo que aconteció cuando me quise venir</i>	124
EL CONTINENTE NORTEAMERICANO	129
EL GOBIERNO DEL RÍO DE LA PLATA Y LA AMISTAD DE LOS GUARANÍES	131
LA INJUSTICIA, EL DESTIERRO Y LA REHABILITACIÓN	135

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA BILLIKEN

Con las publicaciones de esta Biblioteca la Editorial Atlántida se propone realizar un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentren siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de la BIBLIOTECA BILLIKEN se distribuyen en tres colecciones: 1º COLECCIÓN ROJA: comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal; 2º COLECCIÓN VERDE: vidas famosas sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia, o por el interés épico o novelesco de sus peripecias; 3º COLECCIÓN AZUL: obras, hechos y hombres de América.

BIBLIOTECA BILLIKEN

VOLUMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

COLECCIÓN ROJA

LA ILIADA	CUENTOS Y APOLOGOS DE
LA ODISEA	TOLSTOI
DON QUIJOTE DE LA	FABULAS DE IRIARTE
MANCHA	VIAJES DE GULLIVER
TRES OBRAS DE SHAKE-	LA CABAÑA DEL TIO TOM
SPEARE	LOS TRES MOSQUETEROS
TRES DRAMAS DE CALDERON	EL JINETE SIN CABEZA, <i>por</i>
CUATRO OBRAS DE WAGNER	<i>Maine Reid.</i>
EL ANILLO DEL NIBELUNGO,	TRES COMEDIAS DE MOLIÈRE
<i>por Ricardo Wagner.</i>	IVANHOE, <i>por Walter Scott.</i>

COLECCIÓN VERDE

GRANDES INVENTORES	CRISTOBAL COLON
GRANDES MUSICOS	MAGALLANES
GRANDES PINTORES	HERNAN CORTES
SANTA TERESA	MAHOMA
SAN FRANCISCO DE ASIS	NAPOLEON
SAN IGNACIO DE LOYOLA	PASTEUR
MARTIRES DE LA CIENCIA	CROMWELL
CABEZA DE VACA	JUANA DE ARCO
VIAJES DE MARCO POLO	CARLOS V

COLECCIÓN AZUL

LINCOLN	LA CONQUISTA DEL PERU
SAN MARTIN	LOS PIELS ROJAS
BOLIVAR	UNA EXCURSION A LOS IN-
350 POESIAS PARA NIÑOS	DIOS RANQUELES, <i>por Lu-</i>
TEATRO INFANTIL	<i>cio V. Mansilla.</i>
AMALIA	MARTIN FIERRO
LEYENDAS Y FABULAS GUA-	EL FAUSTO <i>de Estanislao del</i>
RANIES	<i>Campo.</i>
JUAREZ	MARIA, <i>de Jorge Isaacs.</i>
BUCHARDO	

PRECIO DE CADA VOLUMEN:

EDICION ECONOMICA.....	\$ 1.20 ^m / _h
EDICION DE LUJO.....	„ 2.— „

OBRAS DE
CONSTANCIO C. VIGIL
PARA LOS NIÑOS

M A R T A
Y J O R G E Libro de amena y variada lectura destinado
a orientar la mentalidad y los sentimientos
infantiles.

M A N G O C H O Es el relato de la vida infantil del autor,
que con naturalidad y sencillez se identifica
con los demás niños.

¡ U P A ! Libro para aprender a leer.

V I D A
E S P I R I T U A L Manual para la dignificación del niño (5 ar-
tísticos tomitos).

C U E N T O S
P A R A
L O S N I Ñ O S

La Hormiguita Viajera, Misia Pepa, El Man-
chado, El Mono Relojero, Lo Más Inútil del
Mundo, El Pirincho Enfermo, Los Escara-
bajos y la Moneda de Oro. El Imán de
Teodorico, El Casamiento de la Comadreja,
El Sapo Huevero, El Pájaro Ratón, El León
Ciego, Aventuras de un Botón, Cabeza de
Fierro, La Cueva Misteriosa, Los Conejos
Silvestres, Los Enanitos Jardineros y otros
muchos cuentos más en diversas ediciones.

Pedidos por mayor a

CASA ATLANTIDA — FLORIDA 643 — BUENOS AIRES

COLECCION ANTORCHA

BIBLIOTECA DE DIVULGACION CULTURAL

VOLÚMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

M. VILLEGAS LÓPEZ. — EL CINE

ERNESTO MORALES. — SARMIENTO DE GAMBOA

CELSO CRUZ. — LA CONQUISTA DEL AIRE

PEDRO VALLE. — LOS PIRATAS

ERNESTO MORALES. — LA ATLANTIDA

CÓRDOVA ITURBURU. — SOCRATES

ALFREDO MONTE. — DARWIN

M. SOTO HALL. — LOS MAYAS

ENRIQUE PLANAS. — EDISON

PEDRO PUENTE. — SAN PABLO

JOSÉ BARBANZA. — LUTERO

RAMÓN PRIETO. — LOS MISTERIOS DEL AMAZONAS

HÉCTOR P. AGOSTI. — EMILIO ZOLA

F. DÍAZ BUSTAMANTE. — MIGUEL ANGEL

A. GUILLOT MUÑOZ. — FELIX DE AZARA Y SU OBRA

M. VILLEGAS LÓPEZ. — LA CONQUISTA DEL ORO EN CALIFORNIA

